

OCTAVIO AVENDAÑO*
MARÍA JOSÉ HENRÍQUEZ**

“NACIONAL Y POPULAR”:
VÍNCULOS Y TRANSFERENCIAS
ENTRE LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA Y EL IBAÑISMO, 1952-1956¹

RESUMEN

El artículo aborda la receptividad que la Revolución boliviana tuvo en Chile en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez (1952-1958), sobre la base de la perspectiva de la historia cruzada y la noción de transferencia. Se demuestra que la Revolución boliviana, que estalló en abril de 1952, ejerció influencia y despertó interés en las principales organizaciones que respaldaron la administración ibañista. Dicha revolución se caracterizó por la masiva participación de diversos sectores de la sociedad boliviana, junto con efectuar la nacionalización de la minería del estaño y la reforma agraria. De manera simultánea, las organizaciones ibañistas sintonizaron y se sintieron atraídas por el nacional-populismo subyacente a la revolución boliviana, llegando incluso a plantear la necesidad de tantear los procedimientos e iniciativas adoptadas por el gobierno de Víctor Paz Estenssoro.

Palabras claves: Bolivia, Chile, siglo XX, revolución, ibañismo, nacional-populismo, relaciones chileno-bolivianas.

ABSTRACT

The article addresses the Chilean receptiveness to the Bolivian revolution during Ibáñez's second administration (1952-1958) based on the *histoire croisée* approach and the concept of transfer. It shows that the Bolivian revolution, which erupted in April 1952, exerted influence and aroused interest in the main organizations that supported the Ibáñez's administration. The revolution was characterized by the massive participation of various sectors of Bolivian society, as well as by the nationalization of tin mining and the agrarian reform. At the same time, Ibañista organizations in Chile attracted by the national-populism underlying the Bolivian revolution, even proposing the need to

* Doctor en Ciencia Política, Università degli studi di Firenze, Italia. Profesor asociado, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Correo electrónico: oavendanop@uchile.cl

** Doctora en Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, España. Profesora asociada, Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Correo electrónico: mjhenriq@uchile.cl

¹ El presente artículo es resultado del Proyecto PROA n.º 001/17: “Nacionalismo chileno y nacionalismo boliviano”, del Programa de Apoyo a la Productividad Académica en Ciencias Sociales, Humanidades, Artes y Educación (VID 2017), de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo, Universidad de Chile.

try implementing procedures and initiatives adopted by the government of Víctor Paz Estenssoro.

Keywords: Bolivia, Chile, twentieth century, revolution, Ibañismo, national-populism, Chilean-Bolivian relations.

Recibido: Septiembre 2019.

Aceptado: Abril 2020.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo aborda la relación cruzada y la transferencia que se produce entre Chile y Bolivia, a raíz de la revolución que se desencadena en este país andino entre 1952 y 1956. La Revolución boliviana, que estalla en abril de 1952, es considerada uno de los acontecimientos destacados en la historia de América Latina durante el siglo XX, como lo ocurrido en México a partir de 1910, o en Cuba tras el triunfo del Movimiento 26 de Julio, el 1 de enero de 1959. La relevancia de lo ocurrido en Bolivia radica en el carácter masivo y multclasista que tuvo el movimiento revolucionario, al lograr involucrar a sectores medios, clase obrera, grupos precarizados de las ciudades y población campesina e indígena². Asimismo, la revolución trajo consigo profundas transformaciones que se expresaron en la nacionalización de la minería del estaño –en manos de compañías y grupos privados– y una reforma agraria considerada entre las más profundas de la región³.

Por otra parte, se caracterizó por lograr entremezclar una serie de elementos. En primer término, contribuyó a fortalecer y consolidar un Estado nacional que se presentaba de manera mucho más precaria en comparación con otros países del área andina o del Cono Sur. En segundo término, en el momento en que estalla existían en Bolivia una serie de corrientes políticas e ideológicas, de carácter moderno, como la presencia de grupos nacionalistas y nacional-populistas, y otros de orientación marxista, que intentaron movilizar a los trabajadores asalariados y al conjunto de los sectores populares, pero que no siempre lograron una adecuada relación con el campesinado y las comunidades indígenas en general.

En paralelo, en Chile se producen importantes alteraciones y modificaciones en el sistema político, que se expresan en la irrupción del ibañismo y en la crisis que experimentan los partidos tradicionales. Las fuerzas políticas que estuvieron tras la figura de Carlos Ibáñez sintonizaron y se sintieron atraídas por el nacional-populismo subyacente a la Revolución boliviana. Algunas de las organizaciones intentaron o, al menos, plan-

² Fernando Mires, “Bolivia: la revolución obrera que fue campesina”, en Fernando Mires, *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1988, pp. 247-278; Alan Knight, “The Domestic Dynamics of the Mexican and Bolivian Revolution Compared”, in Merilee Grindle & Pilar Domingo (eds.), *Proclaiming Revolution. Bolivia in Comparative Perspective*, Cambridge-Massachusetts, Harvard University Press, 2003, pp. 54-90.

³ Jacques Chonchol, *Sistemas agrarios en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 264 y ss; Michael Albertus, *Autocracy and Redistribution. The Politics of Land Reform*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

tearon que era necesario tantear procedimientos e iniciativas adoptadas en dicha revolución. Además, el ibañismo tendió a ser un fenómeno transversal, donde existió la disposición a conciliar los intereses de distintos grupos sociales, y muchas veces debilitar a los sectores oligárquicos que conservaban una posición importante en la estructura de poder. De hecho —y se pudo constatar en los dos primeros años de su segunda administración— se logró un importante grado de articulación entre sectores que provenían del Partido Socialista (PS) y otros grupos nacionalistas que se movilizaron por su candidatura y que luego se integraron al gobierno.

Para analizar el fenómeno de la Revolución boliviana y su receptividad e impacto en Chile, es necesario tomar en cuenta la aproximación relacional o de historia cruzada⁴. Esta perspectiva permite ir más allá de la comparación, enriqueciendo el análisis de los casos y procesos estudiados⁵. Se centra en la noción de transferencia política como perspectiva para estudiar la dimensión internacional del juego político interno, ampliando su articulación más allá de las fronteras nacionales⁶. En cierto modo, se toma la historia de ambos lados como una, en lugar de considerarla como dos unidades en comparación⁷. De acuerdo con este punto de vista, el interés reside menos en las similitudes y diferencias entre dos casos de estudio (Chile y Bolivia) —como suele ocurrir con los estudios comparativos— y más en los intercambios, en las percepciones recíprocas o asimétricas, y en la intersección —donde se verifican puntos de encuentro que contienen circulación de argumentos y reinterpretaciones de acuerdo con los contextos nacionales⁸. Existen importantes estudios sobre la relación y las características que presentan tanto el proyecto peronista en Argentina como el de Carlos Ibañez en Chile⁹. Alusión que suelen realizar, aunque de manera tangencial, aquellos trabajos que analizan el fenómeno del ibañismo y la experiencia gubernamental de 1952 a 1958. Sin embargo, no existe un análisis detallado de la misma influencia que puede haber ejercido la Revolución boliviana que estalla en abril de 1952¹⁰. Este trabajo demuestra que hubo un importante im-

⁴ Véase Michael Werner & Bénédicte Zimmermann, "Beyond comparison: Histoire croisée and the challenge of reflexivity", in *History and Theory*, vol. 45, issue 1, Middletown-Connecticut, 2006, pp. 30-50; Sophie Baby et Michelle Zancarini-Fournel (eds.), "Histoires croisées. Réflexions sur la comparaison internationale en histoire", en *Cahiers Irice*, n.º 5, Paris, 2010, pp. 5-7.

⁵ *Entangled histories o historie croisée*.

⁶ Henk te Velde, "Political Transfer: An Introduction", in *European Review of History / Revue européenne d'histoire*, vol. 12, issue 2, London, 2005, pp. 205-221.

⁷ Jürgen Kocka, "Comparison and beyond", in *History and Theory*, vol. 42, issue 1, Middletown-Connecticut, 2003, p. 42.

⁸ Beatriz Figallo y María José Henríquez, "De lo internacional a lo transnacional: renovación y complejidad en la Historia de las Relaciones Internacionales", en *Estudios Ibero-Americanos*, vol. 46, n.º 1, Porto Alegre, jan.-abr. 2020, p. 12.

⁹ Cabe destacar el artículo de Joaquín Fernando, "Entusiasmo y desconfianza. Populismo y relaciones internacionales en el caso Perón-Ibañez, 1953-1955", en *Ayer*, n.º 98, Madrid, 2015, pp. 187-211. Sobre la influencia del peronismo en la campaña electoral de 1952 en Jean Grugel, *Populism, Nationalism and Liberalism in Chile. The Second Administration of Carlos Ibañez*, Ph.D. Thesis in Political Sciences, Liverpool, University of Liverpool, 1986, pp. 103 and ss.

¹⁰ En la izquierda chilena, la Revolución boliviana no concitó el mismo entusiasmo que sí lo haría posteriormente la cubana, en gran medida por la capacidad de proyección en el tiempo de esta última. Al respecto, véase el artículo de Esteban Valenzuela, "La revolución boliviana de 1952 y Chile: Del Padre Hurtado a las reformas de Frei y Allende", en *Encrucijada Latinoamericana*, año 6, n.º 1, Santiago, 2013, p. 34.

pacto de la Revolución boliviana, y del proyecto liderado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), en agrupaciones y partidos políticos chilenos. E, incluso, se intenta poner en evidencia que la receptividad se manifestó en varias organizaciones que formaron parte del segundo gobierno del general Ibáñez.

CARACTERÍSTICAS Y PRINCIPALES HITOS DE LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA

La Revolución boliviana es la derivación de un cúmulo de acontecimientos desencadenados entre 1936 e inicios de 1952. En ese periodo se configuran e intentan aplicar proyectos que, con una clara orientación nacionalista y antioligárquica, fueron en diversas ocasiones interrumpidos de manera repentina y violenta. De la Guerra del Chaco, Bolivia emergió como un país rural, con una de las oligarquías terratenientes más atrasadas del continente, que perpetuaban en sus haciendas relaciones productivas y laborales propias del periodo colonial. A su vez, del ejército surgieron importantes líderes que encarnarían las orientaciones políticas antes mencionadas y, en paralelo, se desarrolló un moderno e influyente movimiento sindical cuyas bases provenían con preferencia de la minería del estaño.

Durante diez años, entre 1936 y 1946, en Bolivia tuvo lugar un auténtico populismo militar –también denominado “socialismo militar”– que promovió propuestas de corte nacionalista y reformas destinadas a beneficiar a los sectores populares. Los líderes más importantes, que lograron llegar al poder, fueron David Toro, Germán Busch y Gualberto Villarroel, tres figuras representativas de la generación de la Guerra del Chaco (1932-1935)¹¹. Los gobiernos de David Toro y German Busch tuvieron una duración mucho más efímera que el de Gualberto Villarroel (1943-1946), abarcando entre ambos desde 1936 a 1939. Asimismo, tanto David Toro como Germán Busch establecieron una estrecha alianza con las organizaciones obreras. Para ello, aprovecharon el debilitamiento que venía experimentando la oligarquía boliviana –que controlaba la minería del estaño y las grandes haciendas–, debido a los estragos generados por la Gran Depresión de 1929 así como el fraccionamiento que afectaba a los sectores medios¹². En el breve periodo de duración del gobierno de David Toro, que se extendió de 1936 a 1937, se logró la confiscación de las posesiones de la Standard Oil, las que formaron parte de los recién creados Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Bolivia. Pero ni David Toro ni Germán Busch pudieron concretar la iniciativa que ellos mismos consideraron prioritaria: la nacionalización de la minería del estaño¹³.

El llamado “socialismo militar” de David Toro y Germán Busch se pudo desarrollar debido a la inexistencia de organizaciones políticas de corte nacionalista o de una

¹¹ Knight, *op. cit.*, p. 66.

¹² Mires, *op. cit.*, p. 245.

¹³ René Zavaleta Mercado, “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)”, en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: Historia de Medio Siglo*, 8ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1991, vol. 1: América del Sur, p. 87.

izquierda consolidada, capaz de asumir un programa de reformas sociales, nacionalistas y antioligárquicas. Esta situación comienza a variar desde los inicios de la década siguiente, en parte por la influencia de aquellas corrientes ideológicas en pugna durante la Segunda Guerra Mundial. Es en este periodo en el que aparece una izquierda que se vincula de manera más directa con el movimiento sindical, capaz de elaborar una propuesta programática convocante de sectores obreros, y adquieren organicidad grupos de inspiración nacionalista. De los partidos y organizaciones que surgen en esos años, el más importante e influyente en el marco de la revolución que se desencadenará en 1952 será el llamado Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Emerge en 1942 por iniciativa de un grupo de políticos de corte nacionalista, entre los que sobresalían Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles Zuazo y Walter Guevara Arze¹⁴. Desde sus inicios intenta asumir muchas de las propuestas del populismo –también llamado “socialismo militar”–: definirá un programa nacionalista, con miras a lograr representar al conjunto de los sectores populares –en especial al movimiento sindical– y procurará sintonizar con las demandas de campesinos e indígenas.

El MNR fue parte de la izquierda que se configura en esos años, junto con el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) y el Partido Obrero Revolucionario (POR). Desde un principio, los tres partidos propusieron la nacionalización de las minas, así como el impulso a la organización y movilización obrera. Sin embargo, a diferencia de los otros dos partidos, el MNR asumió siempre una postura mucho más moderada, en especial en los temas concernientes a las comunidades indígenas y la situación del gran latifundio¹⁵. En efecto, tanto el PIR como el POR “hablaban del problema indígena exigiendo el fin de las obligaciones de servicio personal y de los latifundios”. A su vez, ambos partidos propusieron que los campesinos establecieran una alianza con los sindicatos obreros y con la clase media, en vistas a “formar una vanguardia revolucionaria”¹⁶. Por su parte, el MNR no tuvo una propuesta clara acerca de las comunidades indígenas y las organizaciones campesinas, debido a su vinculación inicial con la clase media urbana.

Una de las primeras actuaciones del MNR se produjo durante el gobierno presidido por el mayor de ejército Gualberto Villarroel, líder del movimiento Razón de Patria (RADEPA), quien en 1943 alcanzó el poder a través de un golpe de Estado. Tres importantes dirigentes del MNR fueron integrados al gabinete; entre ellos Víctor Paz Estenssoro, nominado ministro de Hacienda, aunque hacia fines de 1944 Gualberto Villarroel se vio obligado a tomar distancia del MNR, buscando asegurar el reconocimiento de su gobierno por parte de Estados Unidos. Sin embargo, como ha explicado Herbert S.

¹⁴ Christopher Mitchell, *The Legacy of Populism in Bolivia. From the MNR to Military Rule*, New York, Praeger Publishers, 1977, pp. 40 and ss.

¹⁵ De acuerdo con René Zavaleta, además de contar con miembros de la clase media como principal núcleo, el MNR “estaba compuesto por jóvenes políticos que de un modo o de otro tenían que ver con la propia casta política a la que trataban de derrocar. En su mayoría (eran) hijos de ex presidentes o de gerentes de empresas quebradas, en fin, toda una gama de parientes pobres de la oligarquía que ya no creían en la propia oligarquía” en Zavaleta, *op. cit.*, p. 88. Pese a que hacia 1952 se incorporaron a las filas del MNR dirigentes obreros y campesinos, se mantuvo la tendencia de una composición mayoritariamente de clase media. En esto, las características del MNR han sido comparadas con las de los apuristas peruanos o los maderistas mexicanos del periodo 1908-1913, véase Knight, *op. cit.*, p. 63.

¹⁶ Herbert S. Klein, *Historia mínima de Bolivia*, México, El Colegio de México, 2015, p. 257.

Klein, el distanciamiento entre el gobierno y el MNR fue más bien una ruptura temporal, dado que no se disolvieron los vínculos que existían entre ambos. Además, “la línea ideológica del régimen quedó definida por las preocupaciones del MNR”¹⁷. Tales preocupaciones implicaron un compromiso con las comunidades indígenas y un apoyo a los trabajadores mineros, que se encontraban bajo influencia del POR.

Gualberto Villarroel logró convocar a un importante grupo de indígenas –muchos de los cuales hablaban el *quechua*, mientras que otros el *aymara*– en su primera convención nacional celebrada en La Paz, en mayo de 1945; y se comprometió a dotar a las comunidades de infraestructura educativa, junto con la abolición de las obligaciones de servicios, conocidas como *pongajes*. Si bien estos compromisos no se lograron concretar, generaron las condiciones para la posterior movilización de los campesinos. Junto a este tipo de iniciativas, desató una intensa represión hacia sectores de izquierda y de derecha, opacando ante la opinión pública las reformas sociales que intentaba poner en ejecución¹⁸. En los primeros meses de 1946, los sectores afectados constituyeron una suerte de frente antifascista, que logró promover una serie de huelgas y otras revueltas sociales hasta provocar la caída del gobierno en julio de ese año.

Pese al descrédito que RADEPA y el MNR sufrieron por el hecho de haber participado de aquel gobierno –lo que incluyó el exilio de su dirigencia–, esta última organización logró recuperarse con celeridad. En efecto, el MNR surgió tres años después como una organización posicionada más a la izquierda que durante el gobierno populista de Gualberto Villarroel, siendo reconocido como un partido promotor del cambio social y con una raigambre mucho más popular. Sus principales líderes se esmeraron por recuperar el respaldo de los sectores medios, mediante un programa que contemplaba alcanzar estabilización económica y la nacionalización de importantes recursos y áreas productivas. En las elecciones legislativas de 1949 el MNR se transformó en el segundo partido más votado de Bolivia y, ese mismo año, lideró una importante rebelión que terminó siendo reprimida con dureza. Esta situación no fue impedimento para que, en las elecciones efectuadas en mayo de 1951, el MNR pudiera presentar como candidato presidencial a Víctor Paz Estenssoro, y a Hernán Siles Zuazo para ocupar el cargo de vicepresidente.

En los comicios, la opción del MNR se impuso por mayoría absoluta; muy por debajo se ubicaron los candidatos del PIR y del Partido Republicano. Sin embargo, no logró asumir el poder debido a que se produjo una inmediata reacción por parte del ejército, que intervino a favor de los sectores más conservadores para desconocer los resultados electorales. La presidencia quedó en manos del general Hugo Ballivián, el cual se refirió en duros términos al MNR. Los principales dirigentes de este partido decidieron enfrentar por todos los medios al gobierno *de facto*. Tras una serie de intentos, el 9 de abril de 1952 se dio inicio a una rebelión que se transformó en la oportunidad esperada por el

¹⁷ Klein, *op. cit.*, p. 262.

¹⁸ En opinión de René Zavaleta, el gobierno de Gualberto Villarroel puede ser calificado como una experiencia de “bonapartismo en esbozo”, porque por un lado adopta una posición en la que se distanciaba de la izquierda radical y de la derecha; pero, por otro lado, vacilaba “entre las tareas nacionales y las democráticas” optando siempre por las primeras en Zavaleta, *op. cit.*, p. 90.

MNR para distribuir armas entre la población civil. Los mineros marcharon hacia La Paz donde tuvo lugar uno de los mayores enfrentamientos que culminó con la destrucción del Ejército y el triunfo de la Revolución¹⁹. El movimiento sindical reivindicó la figura de Víctor Paz Estenssoro, a quien se le solicitó retornar de inmediato al país.

Desde que se produjo el triunfo de la revolución, el movimiento sindical representó un papel protagónico en dicho proceso, aunque sus objetivos provenían de dos importantes fuentes que no sintonizaban del todo²⁰. Por un lado, los dirigentes y miembros de las principales organizaciones sindicales se sentían identificados con el discurso de Víctor Paz, y planteaban retomar y profundizar aquellas reformas antioligárquicas y nacionalistas que quedaron inconclusas con la caída de Gualberto Villarroel. Pero, por otro lado, un segmento importante del movimiento sindical tomaba como referencia la propuesta revolucionaria contenida en las llamadas "tesis de Pulacayo". Las "tesis" habían sido presentadas en un documento redactado por la dirigencia del POR, de inspiración trotskista, y aprobado en un congreso efectuado por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, en noviembre de 1946²¹. En ellas, se partía del supuesto de que, al ser Bolivia un país atrasado y, al mismo tiempo, minero, correspondía al movimiento obrero –constituido de la minería– asumir buena parte de la transformación que llevaría a terminar con los vestigios precapitalistas que aún persistían. Se insistía en la orientación antiimperialista que debía tener la lucha obrera, evitando el "colaboracionismo" con otras clases, "burguesas" y "pequeño-burguesas"²².

La Revolución trajo consigo la disolución de gran parte del Estado boliviano, partiendo por su propio ejército, y provocó enormes alteraciones en la estructura de poder prevaleciente hasta el año 1952. De este proceso no solo fueron partícipe los sindicatos obreros de los mineros del estaño, sino que se desencadenó un movimiento de masas mucho más amplio. De hecho, la insurrección de los mineros fue seguida, de manera simultánea, por el estallido de una masiva movilización campesina, integrada en su mayoría por las comunidades indígenas. Además, se registraron disturbios en las ciudades, en las cuales participaron de manera muy activa los habitantes de los suburbios y los grupos marginados, pese a que en esos años la población urbana no sobrepasaba el 25%. Entre todos estos grupos, el MNR poseía un vínculo estrecho con el movimiento sindical, que –como se dijo– se batía entre dos líneas de acción. En las ciudades, su principal respaldo provenía de los sectores medios, mientras que con el movimiento campesino las propuestas del MNR –de corte "nacional desarrollista"– no lograron la acogida esperada²³.

¹⁹ Como anota Herbert Klein, en 1952 el MNR "era muy diferente del grupo profascista derrocado en 1946; ahora era un partido de elementos radicales de clase media, así como de trabajadores revolucionarios, que representaba un nuevo movimiento populista", en Klein, *op. cit.*, p. 270.

²⁰ Esta dicotomía en el movimiento sindical ha sido advertida por René Zavaleta Mercado, *op. cit.*, p. 99.

²¹ Véase la sección "Bolivia: Las tesis de Pulacayo", en Michael Löwy, *Marxismo en América Latina. Antología (de 1909 a nuestros días)*, México, Ediciones ERA, 1982, pp. 170-185. La importancia de las "tesis" ha sido abordada de manera detallada en el trabajo del historiador Steven Sándor John, *Bolivia's Radical Tradition. Permanent Revolution in the Andes*, Tucson, The University of Arizona Press, 2011, pp. 91 and ss.

²² El documento también incluía reivindicaciones concretas, por las cuales los obreros debían dirigir sus acciones, y hacía un llamado a la constitución de una gran Central Obrera, en Löwy, *op. cit.*, pp. 183-184.

²³ Mires, *op. cit.*, pp. 256 y ss.

Dos fases marcaron el proceso revolucionario, que se extendió desde 1952 a 1956²⁴. La primera, que abarcó desde su estallido hasta 1953, se caracterizó por el mayor protagonismo del movimiento obrero, aglutinado en torno a la Central Obrera Boliviana (COB), que junto con el MNR condujeron el gobierno revolucionario²⁵. Durante esta etapa se llevó a cabo la expropiación y nacionalización de toda la minería del estaño²⁶. Además, se impulsó una suerte de “capitalismo de Estado”, que pronto evidenció síntomas de contracción económica y aumento de la inflación. Ante esta situación, los dirigentes del MNR decidieron ofrecer condiciones para atraer la inversión privada. No se llevaron a cabo intervenciones sobre los capitales estadounidenses, ni de compañías del mismo origen que estaban concentrados en la producción petrolera y en el sector financiero. La nacionalización de las minas afectó sobre todo a propietarios bolivianos²⁷.

En la segunda fase, la iniciativa más importante fue el impulso de la reforma agraria, cuya ley fue aprobada el 2 de agosto de 1953. Su propósito era debilitar a la oligarquía boliviana y asegurar un mayor respaldo de los campesinos, que constituían la población mayoritaria. Asimismo, se pretendía mejorar la distribución de tierra entre la población campesina con el fin de estimular el desarrollo del capitalismo agrario. Previo al estallido de la revolución, el 72% de la población económicamente activa participaba de la agricultura y de otras actividades asociadas a ella, pero su contribución al producto interno bruto alcanzaba solo el 33,2%²⁸. Las expropiaciones se iniciaron en la zona de Cochabamba, donde se habían concentrado los principales focos de insurrección campesina desde que estallara la revolución. Las expropiaciones se extendieron hacia otras zonas del territorio boliviano a medida que se fue estrechando el vínculo entre las organizaciones campesinas y el MNR, hecho que coincidió con el retiro de la COB del gobierno revolucionario²⁹.

Hasta 1956, las organizaciones campesinas lograron conformar poderes locales en los diversos territorios y zonas rurales. Desde ahí en adelante la organización campesina adoptó características similares a las de los sindicatos, de los mineros y trabajadores urbanos, generando mayor dependencia con el Estado. Del mismo modo, las insurrecciones

²⁴ Se sigue acá la periodización establecida por Mires, *op. cit.*, pp. 260 y ss.

²⁵ La alianza entre el MNR y la COB ha sido interpretada como expresión de “poder dual”. Es decir, la presencia de un poder paralelo al del Estado “burgués”, configurado a partir de la hegemonía y conducción de la clase obrera. En la primera fase, el “poder dual” es el resultado de un cogobierno establecido a partir de la alianza entre el MNR y la COB. Al respecto, René Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina. Estudios de los casos de Bolivia y Chile*, México, Siglo XXI Editores, 1974, p. 85.

²⁶ En el ámbito de la discusión legislativa chilena, una de las primeras reacciones frente a las iniciativas adoptadas por el gobierno revolucionario de Bolivia fue la intervención del diputado Aniceto Rodríguez, perteneciente al Partido Socialista Popular (PSP). En la sesión del 23 de junio, en la Cámara de Diputados, sostuvo que la decisión del “nuevo Gobierno Popular” de nacionalizar el estaño era una “aspiración y objetivo que los socialistas populares aplaudimos y que esperamos repetir en nuestra tierra nacionalizando también el cobre chileno”, en Cámara de Diputados, sesión 14^a ordinaria, Santiago, 23 de junio de 1952, p. 623.

²⁷ Véase, Knight, *op. cit.*

²⁸ Klein, *op. cit.*, p. 271.

²⁹ Pese a lo caótico que fue inicialmente la implementación de la reforma agraria, se logró aumentar de manera considerable la productividad. Véase: Zavaleta, “Consideraciones generales...”, *op. cit.*, p. 104. Algunas estimaciones se refieren a cerca de siete millones de hectáreas expropiadas y la entrega de 298 000 títulos de propiedad, en un periodo que abarcó desde la promulgación de la ley de reforma agraria, en 1953, hasta el año 1964, en Mires, *op. cit.*, p. 273.

campesinas, que en un primer momento se regían por sus propias lógicas –difíciles de comprender por los dirigentes del MNR– se fueron subordinando a una revolución que tenía una conducción de origen urbano, con pretensiones económicas de corte desarrollista.

CARLOS IBÁÑEZ EN EL PODER
(1952-1958)

En paralelo a los inicios de la Revolución boliviana, en Chile, Carlos Ibáñez del Campo llegó al poder apoyado por sectores de la casi totalidad del espectro político. Hacia su candidatura confluyeron grupos de derecha que no se sentían interpretados por los partidos más tradicionales (Liberal y Conservador), pasando por organizaciones nacionalistas y facciones escindidas del socialismo chileno, como ocurrió con el Partido Socialista Popular (PSP). Ya no era el caudillo militar del año 1924, ni tampoco aquel “dictador” que en 1927 llevó adelante iniciativas antioligárquicas al mismo tiempo que impulsaba medidas de corte anticomunista o que afectaban al conjunto de la izquierda³⁰. En esa línea, entre 1927 y 1931, logró profundizar muchas de las reformas sociales que se aprobaron al final del primer gobierno de Arturo Alessandri (1920-1925), sobresaliendo una mayor integración de las clases medias en la administración del Estado, así como la ayuda a dichos sectores con planes de vivienda, empleo y seguridad social, amén de la institucionalización de la acción y la organización sindical. Hacia 1952, ya era una figura política con una trayectoria de más de veinte años, la que incluía varios intentos por llegar a La Moneda, por medio de la competencia electoral o, bien, presionando a través de intentonas golpistas. En 1938, buscó ser candidato del Frente Popular; luego, en las elecciones presidenciales de 1942, se presentó como abanderado de la derecha³¹. En 1949 resultó electo senador con la primera mayoría nacional, convirtiéndolo en una carta segura en víspera de las elecciones presidenciales de 1952.

Sin que con anterioridad se registrara una situación de desplome o colapso del sistema de partidos políticos, desplegó durante la campaña electoral un virulento discurso antipartidos, denunciando sobre todo la corrupción y el estado de crisis derivado de la experiencia de los gobiernos radicales que, a su vez, se expresaba en el aumento descontrolado de la inflación generada en los últimos años de la administración de Gabriel González Videla (1946-1952)³². Al presentarse ante el electorado como el “general de la esperanza”, dirigió su propuesta hacia el hombre común –u “hombre de trabajo”, en la jerga de los grupos nacionalistas–, junto con mostrarse capaz de llevar adelante un gobierno nacional

³⁰ Como ha descrito Paul Drake, bajo la primera administración de Carlos Ibáñez, “la clase alta estaba disgustada por haber perdido muchos puestos en el gobierno y por tener líderes en el exilio”. Pero, por otra parte: “Silenció los agravios de los trabajadores con represión en nombre del anticomunismo y con sustitutos gubernamentales para los sindicatos autónomos. Socavó la tendencia izquierdista en la política laboral, con lo que aplastó abrumadoramente a la FOCH, al PC y a la USRACH”, en Paul Drake, *Socialismo y populismo, Chile 1936-1973*, Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Instituto de Historia, 1992, pp. 42-43.

³¹ Tomás Moulián e Isabel Torres Dujisin, *Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha, 1938-1946*, Santiago, Flacso, 1986; Joaquín Fernández, *El ibañismo (1937-1952): Un caso de populismo en la política chilena*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2007.

³² Grugel, *op. cit.*, pp. 96 y ss.

situado por sobre los intereses partidistas³³. Es por eso que logró atraer a un amplio electorado, alcanzando un holgado triunfo frente a las otras candidaturas en competencia.

Entre los grupos y organizaciones que respaldaron a Carlos Ibáñez, varios asumieron una postura independiente, e incluso antipartidos. Algunos carecían de trayectoria organizativa, se definían a sí mismos como ibañistas y se desenvolvían como movimientos, no como partidos³⁴. Tal fue el caso del Movimiento de Renovación Nacional, liderado por un general de ejército en retiro; del Movimiento Nacional Ibañista, integrado por figuras que lo habían respaldado en otras aventuras políticas previas; del Movimiento Nacional Ibañista Popular, constituido por exsocialistas e izquierdistas sin filiación partidaria y, finalmente, del Movimiento Ibañista Independiente. La presencia de estos grupos le permitió movilizar a un electorado independiente y, al propio tiempo, desencantado con las organizaciones tradicionales, además de proyectar la imagen de un líder suprapartidista³⁵. Por otra parte, también se constituyeron alianzas de partidos que poseían una débil representación —contribuyendo a la fragmentación del sistema— o, bien, que integraban a fuerzas políticas emergentes, como fue el caso de la Alianza Nacional del Pueblo, que agrupó a los partidos Agrario Laborista (la organización eje del gobierno de Carlos Ibáñez), Socialista Popular (PSP), Democrático del Pueblo, Radical Doctrinario y Progresista Femenino³⁶.

De los partidos que constituyeron la Alianza Nacional del Pueblo, mención especial requieren el PAL y el PSP. El PAL tenía antecedentes que se remontaban al antiguo Partido Agrario, creado en 1931 por agricultores de las provincias del sur del país³⁷. En 1945 se constituyó como Partido Agrario Laborista (PAL), al que confluyeron una diversidad de grupos nacionalistas, corporativistas y exconservadores. A diferencia del anterior Partido Agrario, el PAL logró una representación más amplia, que iba desde grupos de agricultores a otros sectores productivos de carácter urbano. En las elecciones parlamentarias de 1949, el PAL obtuvo una votación por sobre el 8%, eligiendo trece diputados y dos senadores, entre ellos a su líder fundador: el exdirigente gremial Jaime Larraín García-Moreno. Junto con adoptar un discurso de corte nacionalista, su identidad política tendía a ser un tanto difusa. La propuesta programática del PAL incluía una crítica al capitalismo liberal, por los efectos sociales que tendía a generar, así como también al comunismo, por su carácter foráneo y exceso de intervención estatal en la economía. De un corporativismo inicial, basado en la crítica al individualismo liberal que enfatizaba el protagonismo de los sectores productivos, el PAL fue pasando hacia la adopción de un programa nacional-popular³⁸. En 1953, meses después de la elección de Carlos Ibáñez como Presidente de la República, el PAL se convirtió en la organización más votada y con mayor representación dentro del Congreso Nacional³⁹.

³³ Jaime Etchepare, "Ibáñez y su revolución de 1952", en *Política*, vol. 26, Santiago, 1991, p. 63.

³⁴ Fernández, *op. cit.*, pp. 167 y ss.

³⁵ *Op. cit.*, p. 174.

³⁶ Etchepare, *op. cit.*, p. 65.

³⁷ Cristián Garay, *El Partido Agrario-Laborista*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990, pp. 31 y ss.

³⁸ Garay, *op. cit.*, pp. 53 y ss.

³⁹ Luego de las elecciones parlamentarias celebradas en abril de 1953, Carlos Ibáñez reorganizó el gabinete, dejando los ministerios claves a cargo de miembros del PAL y del PSP: Tomás Moulián, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende*, Santiago, LOM Ediciones, 2006, pp. 160-161.

Con anterioridad, sin embargo, en los momentos en los cuales se discutía la definición del candidato para las elecciones de 1952, el PAL sufrió su primera ruptura debido a la renuncia de un grupo de dirigentes –entre los que se encontraba Jaime Larraín García-Moreno– que se oponían a toda colaboración con los sectores socialistas y de izquierda que respaldaban la candidatura de Carlos Ibáñez⁴⁰. Pese a la deserción, esta tensión se mantuvo al interior del partido durante todo el gobierno. Hacia 1958, el PAL se encontraba en proceso de disolución, dado que muchos de sus dirigentes pasaron a formar parte del naciente Partido Demócrata Cristiano –fundado en 1957– mientras que en la década siguiente otros se integrarían al nuevo referente de derecha, creado en 1965 con el nombre de Partido Nacional.

El PSP, por su parte, fue creado en 1948 por un grupo de dirigentes que abandonó el Partido Socialista de Chile –sobresaliendo Clodomiro Almeyda y Raúl Ampuero– en respuesta a la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia que, además de proscribir al Partido Comunista (PC), introdujo una serie de elementos que limitaron las acciones de los sindicatos, sobre todo lo relativo al derecho a huelga⁴¹. Los distintos grupos socialistas, que se venían escindiendo desde 1941, lograron superar la tendencia al fraccionamiento recién en la segunda mitad de la década de 1950. Hasta esa época, el PSP obtuvo magros resultados electorales, aunque aseguró la presencia de algunos de sus miembros en el Congreso Nacional. Por este motivo, se vio en la necesidad de buscar alianzas con otros partidos, distantes de los radicales, promoviendo la colaboración con el PC⁴². Los dirigentes del PSP participaron de manera activa en la campaña de Carlos Ibáñez y, una vez alcanzado el triunfo electoral de 1952, algunos de sus miembros ocuparon importantes ministerios, como los de Hacienda, Trabajo y Minería. El apoyo brindado por los socialistas populares a su figura se debió al gran triunfo que obtuvo en la elección senatorial de 1949, que fue interpretado como una expresión de malestar y protesta frente a las medidas impulsadas por el gobierno de Gabriel González Videla.

En su respaldo a Carlos Ibáñez, los dirigentes del PSP también consideraron lo que venía ocurriendo en otros países latinoamericanos. El proyecto “nacional-popular” cobraba importancia debido al auge del peronismo argentino y al ascenso del MNR en Bolivia. En ambos se entremezclaba una propuesta antiimperialista, orientada a desplazar de manera definitiva a las oligarquías e incorporar a los sectores populares en un proyecto nacional⁴³. Carlos Ibáñez, en definitiva, era el líder indicado para asumir un proyecto de esa naturaleza. Según recuerda Clodomiro Almeyda: “Su tradicional animadversión contra la oligarquía, fenómeno más de piel que de otra cosa, que había constituido uno de los rasgos de su anterior administración, y a la que no perdonaba haber sido agente decisivo de su deposición, lo llevaba a hacer un discurso político de

⁴⁰ Fernández, *op. cit.*, p. 142.

⁴¹ Drake, *op. cit.*, p. 265; Carlos Huneeus, *La Guerra Fría chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*, Santiago, Debate, 2009, pp. 242-245.

⁴² Estrategia que es reconocida en el libro de Raúl Ampuero, *La izquierda en punto muerto*, Santiago, Editorial Orbe, 1969, p. 26.

⁴³ Fernández, *op. cit.*, p. 156.

contenido antiderechista”⁴⁴. El futuro Ministro también reconocía la inexistencia de condiciones para que las aspiraciones de los sectores populares pudieran ser canalizadas por partidos como el Socialista o el Comunista, a consecuencia del deterioro que enfrentaban estas organizaciones. Por ende, aquellos grupos, al igual que en Argentina y en Bolivia, debían recurrir a “un hombre fuerte que pudiera imponer el orden e impartir la justicia”⁴⁵.

El gobierno de Carlos Ibáñez fue reflejo de su ambivalente trayectoria política, así como expresión del cuadro de fragmentación partidaria e inestabilidad política que venía experimentando el país desde fines de la década anterior, y que él mismo había pretendido superar.

Desde el punto de vista de la política económica, durante los dos primeros años el gobierno se esmeró por aplicar un programa coincidente con las propuestas de los partidos de izquierda y centro-izquierda. De hecho, planteó la necesidad de expandir la economía a través de políticas de distribución del ingreso y de seguridad social, así como también favorecer la organización de los trabajadores –política impulsada por el PSP a través del ministro del Trabajo, Clodomiro Almeyda⁴⁶. Asimismo, el Presidente intentó solicitar al Congreso Nacional el uso de facultades extraordinarias con el propósito de dictar una legislación que asegurara mayor control público de la economía y de ese modo evitar la especulación⁴⁷. Por otra parte, se discutió un proyecto de reforma agraria, que no logró ser aprobado por la Cámara de Diputados debido a la división que, en el momento de la votación, se produjo entre los representantes del PAL⁴⁸. En definitiva, se intentó aplicar un programa nacional-popular sintonizando en una serie de aspectos con el peronismo y con las iniciativas emprendidas por el MNR.

Transcurridos dos años de su gobierno, decidió virar hacia el centro político, e integrar a la Falange Nacional y a otros sectores moderados, para neutralizar la fuerza alcanzada por el movimiento sindical después de la fundación de la Central Única de Trabajadores (CUT), en 1953. Luego, sin embargo, la administración experimentó un abrupto giro hacia políticas de derecha, al impulsar un programa antiinflacionario basado en las recomendaciones de la Misión Klein-Saks. El mencionado plan generó enormes reacciones en diversos sectores de la población, sobre todo desde el movimiento sindical, que derivaron en manifestaciones e intensas jornadas de protesta⁴⁹. Finalmente, el Presidente se vio en la necesidad de desistir del proyecto elaborado por la mencionada Misión.

⁴⁴ Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida*, Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco, 1987, p. 123.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Moulián, *op. cit.*, p. 159; Grugel, *op. cit.*, p. 113.

⁴⁷ Carlos Ibáñez también pretendía aumentar las atribuciones del Presidente de la República y disminuir las del Congreso Nacional. Al respecto, Jean Grugel, “Populism and the Political System in Chile: ibañismo (1952-1958)”, in *Bulletin of Latin American Research*, vol. 11, issue 2, Liverpool, 1992, pp. 179-180.

⁴⁸ Octavio Avendaño, *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973: Representación de intereses, gradualismo y transformación estructural*, Santiago, LOM Ediciones, 2017, pp. 118-124.

⁴⁹ Ricardo Ffrench-Davis, *Políticas económicas en Chile, 1952-1970*, Santiago, Centro de Estudios de Planificación Nacional (Ceplan) / Pontificia Universidad Católica de Chile, 1973, p. 34; Cristián Garay, “La larga marcha del estatismo. La resistencia a la Misión Klein-Saks, 1955-1958”, en Juan Pablo Couyoumdjian (ed.), *Reformas económicas e instituciones políticas: La experiencia de la Misión Klein-Saks en Chile*, Santiago, Universidad del Desarrollo, 2011, pp. 174 y ss.

Hacia el último año de su gobierno, y teniendo en cuenta la pérdida de respaldo, tuvo que conceder importantes reformas que, a pesar de estar contempladas en su programa y durante la campaña electoral, él mismo había postergado de manera indefinida. En esta concesión resultó determinante la presión ejercida por el naciente Partido Demócrata Cristiano (PDC), así como la reunificación de los socialistas y la nueva alianza constituida por las organizaciones de izquierda: el Frente de Acción Popular (FRAP). De esta forma, se puso término a la Ley de Defensa de la Democracia, conocida como "ley maldita". Aunque se propuso su derogación de cara a las elecciones de 1952, con el propósito de asegurar el respaldo del PC y para evitar que presionara desde la clandestinidad —como lo había hecho durante el gobierno de Gabriel González Videla⁵⁰—, dicha acción solo se verificó al final del mandato, dado que la ley otorgaba recursos para mantener bajo control al movimiento sindical. A su vez, se aprobó la reforma que introdujo la "cédula única", con lo cual se puso coto al control ejercido por los partidos de derecha sobre el electorado de las zonas rurales⁵¹.

Pese al marcado nacionalismo que contenía el proyecto de Carlos Ibáñez, durante su gobierno no se adoptó un discurso ni una actitud de corte antiimperialista y anti-Estados Unidos. Por el contrario, ha destacado Joaquín Fernandois, "Ibáñez tomará una actitud amistosa hacia EE.UU.", no muy distinta a las políticas que adoptaron la mayoría de los gobiernos en Chile durante el periodo comprendido entre 1938 y 1970⁵². En esto, el presidente chileno se mostró distante de la política impulsada por Juan Domingo Perón, pero coincidente con la adoptada por el gobierno de Víctor Paz Estenssoro, quien, como se vio, no intervino ni expropió las compañías estadounidenses. Ahora bien, en el manejo de la política exterior, su gobierno proyectó la misma situación de inestabilidad registrada en el resto de su administración. De hecho, durante los seis años de su mandato se sucedieron diez cancilleres, uno de los cuales duró solo dos días en su cargo⁵³.

No obstante, las relaciones con Bolivia fueron sobre todo armónicas. La aproximación y posibilidades de cooperación entre Chile y Bolivia se vieron facilitadas por una afinidad política que se entienden en sentido amplio —no solo gubernamental. Aquellas espléndidas relaciones se extendieron hasta principios de la década de 1960, cuando comienzan a manifestarse notorias discrepancias bilaterales.

LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA Y LAS REACCIONES DE COLABORACIÓN EN CHILE

De acuerdo con Sergio González y Cristian Ovando, durante la década de 1950 se vivió la "década dorada" de las relaciones bilaterales entre Chile y Bolivia, un periodo que

⁵⁰ René Montero, *Confesiones políticas*, Santiago, Zig-Zag, 1958, p. 138.

⁵¹ Ricardo Gamboa, "Reformando reglas electorales: La cédula única y los pactos electorales en Chile (1958-1962)", en *Revista de Ciencia Política*, vol. 31, n.º 2, Santiago, 2011, pp. 159-186.

⁵² Joaquín Fernandois, *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005, p. 258.

⁵³ *Ibid.*

incluso podría considerarse como el de mayor dinamismo durante todo el siglo XX⁵⁴. Existen importantes antecedentes que se remontan a fines de la década de 1940⁵⁵. No obstante, el *cenit* de la colaboración se desarrolla entre 1952 y 1956, precisamente, durante el primer gobierno del MNR o de la “Revolución boliviana”, por un lado, y la administración de Carlos Ibáñez y su “Revolución de 1952”, por otro⁵⁶. Ejemplo señero de aquel proceso fue la firma, en enero de 1955, de un tratado de complementación económica, basado en el intercambio de petróleo boliviano por acero chileno y el encuentro —a dicho efecto— entre los presidentes Víctor Paz Estenssoro y Carlos Ibáñez del Campo en Arica. Luego, el desplazamiento al norte de Chile del presidente boliviano tuvo su correlato con el viaje de Carlos Ibáñez a la Paz, en agosto de aquel año⁵⁷. Visitas inéditas hasta ese entonces.

Al momento de producirse la Revolución boliviana, las relaciones bilaterales no se encontraban en buen pie debido al fracaso de las negociaciones de 1950. Este sería el marco en que el embajador chileno en La Paz, Jorge Saavedra Agüero, tuvo que enfrentar la coyuntura. Uno de los hechos producidos al inicio de la Revolución fue el arribo a la Embajada de uno de los cabecillas del movimiento, el general Antonio Seleme. Pensando que la revolución iba a fracasar, el General solicitó asilo en la embajada chilena; pero al enterarse del vuelco que tuvieron los acontecimientos, se vio obligado a renunciar a su cargo. Sin embargo, como con sagacidad apuntaba el Embajador, aquel vacío fue aprovechado de inmediato por “Siles Zuazo para adueñarse de la situación que jamás pensó se le presentaría”⁵⁸. Adicionalmente, a petición del representante de la Cruz Roja, Jorge Saavedra terminó por ser protagonista de las acciones destinadas a lograr el cese de las hostilidades entre los bandos opuestos y, una vez concluidas, debió hacer frente al asilo del depuesto general Hugo Ballivián y su hijo. Más allá de aquellas vicisitudes, destaca la interpretación del Embajador sobre la revolución: en su comunicación a Santiago no solo brindó una descripción pormenorizada de los sucesos, sino que, también, expuso los principios de acción del MNR y las Tesis de Pulacayo, en orden a

⁵⁴ Al respecto, véase el artículo de Sergio González y Cristián Ovando, “La década dorada de las relaciones diplomáticas entre Chile y Bolivia”, en *Tinkazos*, n.º 29, La Paz, 2011, pp. 87-108.

⁵⁵ Durante el gobierno de Gabriel González Videla se plantearon propuestas de cooperación entre Bolivia y Chile. El embajador boliviano residente en Santiago, Alberto Ostría Gutiérrez, promovió instancias de negociación con los cancilleres chilenos Germán Vergara Donoso, Germán Riesco y Horacio Walker. Los mayores avances se registraron con este último, cuando en junio de 1950 se intercambiaron notas diplomáticas con Alberto Ostría. “Las notas eran esencialmente una apertura al diálogo. No se hizo mención a la renuncia de la posesión de Arica por parte de Bolivia, la idea del corredor ni el proyecto de uso de las aguas del lago Titicaca. No implicaba compromiso de ninguna especie. Sin embargo, las negociaciones no pudieron mantenerse en secreto por mucho tiempo y la revista *Ercilla* inició una serie de publicaciones, con tintes sensacionalistas, afirmando que Chile cedería un corredor a 34 kilómetros al norte de Arica, obteniendo a cambio el uso de las aguas de los lagos Titicaca, Poopó y Coipasa, para uso agrícola e hidroeléctrico”: Milton Cortés, “En torno de las conversaciones de 1950. La política hacia Bolivia de Gabriel González Videla: 1946-1952”, en *Si Somos Americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, vol. xv, n.º 2, Iquique, 2015, p. 160.

⁵⁶ Etchepare, *op. cit.*, pp. 61-95.

⁵⁷ González y Ovando, *op. cit.*, p. 92.

⁵⁸ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 17 de abril de 1952, n.º 605/64, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (en adelante, AMRECH), Fondo Bolivia, vol. 649.

advertir sobre la participación e influencia comunista –preocupación comprensible tratándose de un embajador nominado por Gabriel González Videla–, pero estableciendo importantes diferencias:

“Es difícil predecir, pero dentro de todas las posibilidades está el que dentro de muy poco tiempo se presenten serias dificultades entre los miembros del M.N.R. con partidarios de Siles y de Paz, comunistas de Lechín, carabineros que se sienten superiores y orgullosos. Esto por el lado de los triunfadores, y por el de los vencidos un ejército totalmente destruido en un 50% (solo se ha salvado el que está en el interior), que sufre la pérdida de su honor, derrotado en toda línea por el hampa y los carabineros, y cuya oficialidad hoy por hoy en lo único que piensa es en vengarse. Todo esto hace que el porvenir se presente para esta República quizás sí como nunca de trágico dentro de su trágica vida”⁵⁹.

La administración de Gabriel González Videla no adoptó con prontitud una posición clara frente a la instalación del gobierno revolucionario que conduciría Víctor Paz Estenssoro. En un principio, Santiago se concentró en ofrecer ayuda humanitaria a las víctimas de los enfrentamientos. Como se indica en una nota de *El Mercurio*: “la Cancillería ha entrado en contacto con los dirigentes de la Cruz Roja de Chile, a fin de arbitrar los medios conducentes para atender a los heridos con medicamento y personal sanitario”⁶⁰.

El día 16 de abril, *El Mercurio* informaba “que las compañías de aeronavegación comercial e instituciones aéreas particulares han ofrecido su concurso para trasportar personal y medicinas a Bolivia”. A su vez, “la Cruz Roja de Chile tomó contacto con su congénere boliviana para determinar cuáles son los elementos que por su escasez es más indispensable enviar a la brevedad posible”⁶¹. Las acciones emprendidas por el gobierno en materia humanitaria fueron asumidas, de manera conjunta, con sectores de la sociedad civil chilena, desvelando así la existencia de un fenómeno transnacional bastante extendido. De hecho, la Compañía Salitrera de Tarapacá y Antofagasta envió un avión con personal médico y un equipo de la Cruz Roja para atender a las víctimas causadas por los enfrentamientos que antecedieron el triunfo de la revolución. El grupo era presidido por los médicos Manuel Tello y Jorge Castro, además de cinco cirujanos y ocho enfermeras⁶². La comisión se incorporó de manera activa al hospital militar de La Paz, asumiendo las extenuantes labores junto al resto del personal de esa institución. Una vez finalizada la misión,

⁵⁹ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 17 de abril de 1952, n.º 605/64, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 649.

⁶⁰ “Atención médica a heridos bolivianos”, en *El Mercurio*, Santiago, 15 de abril de 1952, p. 23.

⁶¹ “Antibióticos serán enviados a Bolivia”, en *El Mercurio*, Santiago, 16 de abril de 1952, p. 3.

⁶² “Auxilios para las víctimas de Bolivia”, en *El Mercurio*, Santiago, 17 de abril de 1952, p. 31. En similares términos a la nota publicada en *El Mercurio*, en *El Diario Ilustrado* se informó que en el avión que transportaba la delegación de médicos y enfermeras chilenos iba, además, “un buen cargamento de sueros antigangrenosos, preventivos y curativos elaborados por el Instituto Bacteriológico de Chile, penicilina y otros antibióticos, como asimismo material quirúrgico, de curación e inmovilizadores”, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de abril de 1952, p. 2.

“[...] el grupo de médicos y enfermeras chilenos fueron recibidos en audiencia especial, primero por el Ministro de Salubridad, Dr. Aramayo, y en seguida por el Jefe de Estado, señor Paz Estenssoro, quienes tuvieron conmovidas palabras para calificar la acción de nuestro personal, que demostró en toda circunstancia tanto valor técnico y una fortaleza moral y física adecuada a los dramáticos momentos que vivía la capital del Altiplano”⁶³.

Hacia los primeros días de mayo, La Moneda todavía evaluaba la actitud que debía asumir frente al gobierno revolucionario. De hecho, en tanto se sostenían consultas con otros países latinoamericanos, con el fin de adoptar una decisión conjunta, se produjo un levantamiento militar en una zona fronteriza boliviana que generó encontradas versiones de prensa, las que quizá filtraban la incertidumbre gubernamental⁶⁴. Como consignan algunos medios, el jueves 1 de mayo se había producido el alzamiento del Destacamento Andino N° 3, guarnición del ejército boliviano que se sublevó en contra de la oficialidad, provocando la muerte del coronel Fernando Siles y de otro alto oficial. La asonada alimentó algunas especulaciones sobre un eventual cierre de la frontera por parte del gobierno chileno, las que fueron difundidas a través de algunos periódicos⁶⁵. Sin embargo, en otros rotativos tal medida fue refutada de manera categórica. De acuerdo con lo que informaba *El Diario Ilustrado* en su edición del día 6 de mayo de 1952: “Tanto en el Ministerio del Interior como en la Cancillería fue desmentida ayer la noticia aparecida en un diario de la tarde, según la cual Chile habría procedido a cerrar sus fronteras con Bolivia”⁶⁶.

El reconocimiento del gobierno de Bolivia por parte del de Chile ocurrió el día 3 de junio de 1952; y, aunque venía siendo anunciado desde el 31 de mayo por la prensa, se dio casi de manera simultánea al de otros países latinoamericanos⁶⁷. De hecho, se produjo poco después del efectuado por Estados Unidos, Colombia, Perú y Brasil⁶⁸.

Tras el reconocimiento del gobierno revolucionario, se buscó la aproximación y se impulsaron algunas iniciativas de cooperación bilateral, las cuales se incrementaron después de noviembre de 1952. Respecto a lo primero, cuando el 6 de agosto de 1952 se conmemoraba un nuevo aniversario de la Independencia de Bolivia, el presidente Gabriel González Videla y su ministro de Relaciones Exteriores hicieron llegar a Víctor Paz Estenssoro un saludo del gobierno. Por su parte, la embajada de Bolivia en Santiago realizó diversas actividades que incluyeron la conmemoración del proceso independentista chileno y latinoamericano:

“A las 11 horas, el Encargado de Negocios de Bolivia, señor Luis Alberto Alipas Alcázar colocará una corona de flores naturales al pie del monumento a don Bernardo O’Higgins. Acto

⁶³ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 30 de abril de 1952, p. 6.

⁶⁴ “Continúa estudio de situación de Bolivia”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 7 de mayo de 1952, p. 20.

⁶⁵ “Se habría sublevado el Destacamento Andino N°3. Bolivianos muertos el coronel Fernando Siles y otro alto jefe militar”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 5 de mayo de 1952, p. 16.

⁶⁶ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 6 de mayo de 1952, p. 9.

⁶⁷ “Chile reconocerá al nuevo Gobierno boliviano”, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 31 de mayo de 1952, p. 1.

⁶⁸ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 3 de junio de 1952, p. 12.

seguido, este diplomático y comitiva se trasladarán al monumento a Simón Bolívar, para efectuar otro homenaje semejante⁶⁹.

De mayor importancia sería la conformación, entre ingenieros bolivianos y chilenos, de una comisión para estudiar el posible trazado de una carretera que fuera desde Iquique a Oruro⁷⁰.

Con todo, la situación del embajador Jorge Saavedra se fue tornando cada vez más difícil. En julio de 1952 *Las Noticias de Última Hora* informaba sobre los ataques de la prensa paceña al representante chileno y especulaba sobre los motivos, suponiendo que se debían al apoyo que el presidente Gabriel González Videla habría prestado o prometido al expresidente Mamerto Urriolagoitia⁷¹. La Cancillería se encontraba en una auténtica tesitura, ya que a pocos meses de las elecciones presidenciales no conseguía un candidato dispuesto a asumir la representación en La Paz.

Siguiendo la misma línea "nacional y popular" con que el Movimiento Nacional Ibañista (MNI) celebró el triunfo de la Revolución boliviana –sin dejar de advertir que su origen se debía al no reconocimiento del triunfo de Víctor Paz y que el MNI estaba también dispuesto a "aniquilar a los descontrolados y autoritarios"– la victoria de Carlos Ibáñez, el 4 de septiembre, fue recibida "con verdadera satisfacción por parte principalmente de los elementos del gobierno boliviano y de la prensa"⁷². La elección allanaba el cambio de embajador y –de mayor trascendencia– auguraba la intensificación de las relaciones bilaterales sobre la base de algunas coincidencias ideológicas entre los respectivos gobiernos.

Fue así como Luis Rau Bravo llegó a La Paz a fines de febrero de 1953, antecedido por la exitosa entrevista de los cancilleres en Arica. Militante del Partido Agrario Laborista (PAL), el nuevo Embajador iniciaba su misión en inmejorable pie, pues tanto en la presentación de credenciales como en la primera entrevista con Víctor Paz Estenssoro, sería evidente el interés en la convergencia entre ambos países. El presidente boliviano manifestó su convicción en el éxito de Carlos Ibáñez, sobre todo por contar con grandes núcleos de consciencia nacionalista como el PAL a su lado. Señaló al Embajador: "Dígale al presidente Ibáñez y al canciller Olavarría que solidarizo con ellos plenamente en lo interno e internacional"⁷³; destacando, asimismo, que la revolución debía ser americana, pese a ser nacionalista, en el sentido de unir esfuerzos frente a las grandes potencias para defender las economías y las materias primas. En dicho afán, sugería la formación

⁶⁹ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 6 de agosto de 1952, p. 7.

⁷⁰ "Estudian tratado carretero entre Chile y Bolivia", en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 23 de septiembre de 1952, p. 16.

⁷¹ "Incómoda situación del Embajador de Chile en Bolivia: reemplazante", en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10 de julio de 1952, p. 5.

⁷² "MNI celebra el triunfo de la revolución boliviana contra imperialismo: acuerdos", en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 17 de abril de 1952, p. 16; Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 16 de septiembre de 1952, n.º 1481/152, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 650.

⁷³ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 12 de marzo de 1953, n.º 22, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 661.

de un bloque del sur o auténtico ABC, entre Argentina, Bolivia y Chile⁷⁴. De hecho, una importante iniciativa adoptada por el gobierno boliviano fue la de adherir a los acuerdos firmados con antelación por Juan Domingo Perón y Carlos Ibáñez⁷⁵. Además, las autoridades bolivianas solicitaron a los gobiernos de Argentina y Chile participar en la explotación conjunta de los grandes yacimientos de Tipuani, cuyo solo rendimiento en oro se estimaba superior a los doscientos kilos mensuales⁷⁶.

No obstante, en el momento en que el gobierno revolucionario decidió la nacionalización de las minas —pertenecientes al grupo Aramayo, Hoschild y Patiño— se generó un problema para retirar aquellas mercaderías que se encontraban en el puerto de Antofagasta. El ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Walter Guevara, sostuvo que de parte del gobierno del MNR existía “la impresión de que las autoridades de Chile se han hecho eco de las actitudes obstruccionistas de las empresas mineras, afectando el tráfico comercial a través de los puertos del Pacífico”⁷⁷. Walter Guevara apelaba a que se respetaran los compromisos internacionales, que incluían tratados comerciales entre Bolivia y Chile. La respuesta de la cancillería chilena fue inmediata, y a través de una declaración se indicó que las dificultades para el tránsito de las mercaderías no se debían a una decisión del gobierno de Chile, sino a “recursos judiciales de parte de las empresas estañíferas que fueron nacionalizadas por el Gobierno de Bolivia”. Dichas acciones —continuaba el escrito— habían provocado “la total paralización del tránsito hacia aquel país de las mercaderías e implementos que son indispensables para el abastecimiento de los minerales nacionalizados”⁷⁸. El comunicado concluía señalando que el gobierno de Chile se comprometía a respetar todos los tratados y compromisos suscritos con Bolivia⁷⁹.

Pese al ánimo de entendimiento reinante entre los dos países, el embajador chileno permanecería en el cargo por poco más de un año. En abril, la revista *Ercilla* desataba la polémica al publicar un cable enviado por Luis Rau a la Cancillería, en que informaba sobre algunos gastos y solicitaba fondos para la Embajada; algo nada extraordinario, salvo

⁷⁴ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 5 de marzo de 1953, n.º 425/19, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 661.

⁷⁵ Por su parte, el diputado Sergio Recabarren, representante del PAL en la Cámara Baja, manifestó su simpatía por lo que denominó la política panamericana impulsada por el peronismo argentino. Esta misma simpatía la hizo “extensiva a la heroica Bolivia de hoy y a Guatemala”, en Cámara de Diputados, Sesión 17ª ordinaria, 8 de julio de 1953, Santiago de Chile, p. 808.

⁷⁶ “Bolivia adherirá a acuerdos firmados por Perón e Ibáñez”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 6 de mayo de 1953, p. 1.

⁷⁷ *El Mercurio*, Santiago, 9 de enero de 1953, p. 21. En otra nota publicada en *Las Noticias de Última Hora* se sostuvo que las autoridades chilenas detuvieron, “mediante órdenes judiciales, materiales destinados a las minas bolivianas, a solicitud de algunos abogados de Bolivia y ‘contrariando tratados internacionales suscritos con Chile’”. A su vez, el canciller Walter Guevara aclaró: “Esos inconvenientes no se deben al Gobierno central chileno [...] sino a las empresas mineras bolivianas nacionalizadas, interesadas en crear conflicto a Bolivia”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 9 de enero de 1953.

⁷⁸ “Chile respetará sus compromisos con Bolivia, dijo Cancillería”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 15 de enero de 1953, p. 16.

⁷⁹ Hacia fines de diciembre de 1952, en un oficio presentado ante la Cámara de Diputados por el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Arturo Olavarría, sostuvo que en virtud de los tratados internacionales anteriormente suscritos por ambos países, se debía “asegurar a Bolivia el más amplio y libre derecho de tránsito comercial por nuestros puertos y a través del territorio”, en Cámara de Diputados, Sesión 15ª extraordinaria, 23 de diciembre de 1952, Santiago de Chile, p. 631.

que el desembolso correspondía a la compra de un cadillac último modelo, y que el dinero –ocho mil dólares– lo requería para ofrecer catorce recepciones a fin de “sembrar el ideario del Partido Agrario Laborista” en Bolivia⁸⁰. Si bien el Embajador negó la existencia del cable –que en Bolivia había sido reproducido por el diario *Los Tiempos* de Cochabamba– confirmaba el envío de distintos documentos en los que se refería a la falta de fondos en la misión y la necesidad de aumentarlos para el buen desempeño de la misma. Esta cuestión, de acuerdo al embajador Luis Rau, había sido filtrada desde el propio Ministerio y revelaba un sabotaje en contra del gobierno y sus nuevas líneas de política exterior⁸¹.

Pocos días después se uniría a *Los Tiempos* el rotativo *El Pueblo*, portavoz del Partido Comunista en la capital boliviana, y no solo se limitaba a reproducir a un medio chileno, sino que intitulaba la noticia con una pregunta: “¿Intervención chilena en asuntos internos del país?”. Dejando a un lado la petición de dinero, la gravedad radicaba en la posibilidad de que desde la Embajada se estuviera intentando “propagar el credo agrario laborista en los centros campesinos, a través de agentes especializados”, ya que se trataba de una ideología reaccionaria, “de verdadera raigambre fascista” y, por tanto, era necesario advertir sobre aquellos diplomáticos “amigos” que a fin de “apoyar la revolución nacional” infiltraban “algunos peligros para la soberanía nacional”⁸². La interpretación precedente bien podía traslucir una crítica velada a algunos sectores del propio MNR. Como fuere, esta última publicación provocó la reacción del propio Víctor Paz, quien, de acuerdo con el embajador Luis Rau, lo llamó para decirle:

“Este ataque comunista-liberal refleja solamente la preocupación de los círculos anti-patrióticos y oligárquicos por la obra que estamos realizando Uds. los ibaístas en Chile y nosotros en Bolivia; no les haga caso y lea mañana la defensa que yo le voy a hacer en *La Nación*”⁸³.

El comentario evidenciaba el carácter –al menos– ecléctico de los apoyos gubernamentales en ambos países; y el episodio, por su parte, las tensiones derivadas de los mismos. Así, la salida del embajador chileno no es del todo clara, permitiendo solo avanzar algunas conjeturas. En diciembre de 1953 el embajador de Argentina en La Paz, José Amadeo Conte-Grand, informó a Buenos Aires sobre el viaje de Luis Rau a Santiago en uso de licencia, aunque sospechaba que su alejamiento sería definitivo:

“Advertí en él un dejo de despecho, al referirse –muy de paso– a sus gestiones ante el gobierno de Bolivia. Al malograrse la visita de Paz Estenssoro a Chile, las cosas no han andado bien. Sé que ha tenido algunos serios desacuerdos con la cancillería boliviana. El malestar llegó a extremos alarmantes, siendo que hasta hace pocos meses las relaciones con Chile y su inteligente y dinámico embajador, estaban colocadas en un plano idílico”⁸⁴.

⁸⁰ *Los Tiempos*, Cochabamba, 16 de abril de 1953, s/p.

⁸¹ Oficio estrictamente confidencial del embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 22 de abril de 1953, n.º 591/28, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 661.

⁸² *El Pueblo*, La Paz, 25 de abril de 1953, s/p.

⁸³ Oficio estrictamente confidencial del embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 7 de mayo de 1953, n.º 657/37, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 661.

⁸⁴ Oficio confidencial del embajador de Argentina en Bolivia al Ministro de Defensa Nacional e interino de Relaciones Exteriores y Culto, La Paz, 26 de diciembre de 1953, n.º 650, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina (en adelante AMRECA), AH/0121.

Al parecer, las dificultades no solo se presentaron con la cancillería boliviana. En agosto de 1953 el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Oscar Fenner, autorizó al embajador Luis Rau para formular una invitación a Víctor Paz Estenssoro para visitar Chile, “en una fecha que él mismo fije, de acuerdo con las altas tareas que desempeña”⁸⁵. Luis Rau inició su trabajo y fueron frecuentes las reuniones con el Presidente y su Canciller; de hecho, a propósito de una de ellas se advierte, al menos, falta de comunicación entre la Embajada y la cancillería chilena. Dos días después de realizada la elección complementaria en la V Circunscripción Senatorial por Santiago, en la que el ibañismo fue dividido, resultando derrotado, Luis Rau mantuvo una de las habituales entrevistas con el Presidente y su Canciller, de cara a la visita⁸⁶. Sin embargo, esta vez, el tema sería la elección y la “derrota del presidente Ibáñez” que no solo había causado viva preocupación en el gobierno, sino que una suerte de “reacción nerviosa”, avivada por la prensa local, que sugirió, incluso, la renuncia del primer mandatario chileno⁸⁷. El Embajador enfrentó la situación sin recibir instrucciones desde Santiago y, molesto, sugeriría que en adelante no se le mantuviera a ciegas ante circunstancias similares, sobre todo “en momentos como éstos en que se resuelve sobre la visita presidencial, que tan inmensa importancia histórica tiene para nosotros”⁸⁸.

Como es sabido, las visitas se realizarían casi dos años después, en 1955, y con otro representante de Chile en La Paz. El nuevo embajador enviado a Bolivia fue Alejandro Hales, también militante del PAL y uno de los puntales de la campaña de Carlos Ibáñez en 1952, quien permanecería en el destino hasta 1958. Las instrucciones de la Cancillería para su misión eran muy claras:

“[...] necesita ofrecer al Gobierno del Excmo. Señor Paz Estenssoro la seguridad de un sincero y fraternal interés de parte del Gobierno de Chile en todo cuanto pudiera ser procedente, y, es obvio que su actuación deberá situarse en un plano tan ajeno a los problemas interiores bolivianos como para que el nombre de Chile no pueda identificarse, ante ningún sector boliviano, con situaciones políticas que hoy puedan ser aplaudidas o mañana censuradas. Chile ha de mirar a Bolivia en lo que tiene de permanente y constante, porque no puede desconocer las realidades geográficas, económicas o políticas [...]. Ni comentarios indiscretos, o alusiones intencionadas, o reacciones periodísticas, deben ser juzgados con medidas normales. Tan inconveniente como la resignada aceptación es la reacción nerviosa o sentimental. Reacciones o acciones oficiales ingratas para Chile, sin perjuicio de ser de inmediato transmitidas a Santiago, no pueden ser motivo a réplicas que superen el plano oficial, en que la firmeza es siempre cortés”⁸⁹.

⁸⁵ Memorandum confidencial n.º 661, Santiago, 2 de septiembre de 1953, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 661.

⁸⁶ A juicio de Jaime Etchepare, la derrota en esa elección complementaria significó “el inicio de la progresiva decadencia del poder electoral del ibañismo en el país”, en Etchepare, *op. cit.*, p. 74.

⁸⁷ Oficio estrictamente confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 16 de octubre de 1953, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 661, n.º 1436/108.

⁸⁸ *Ibid.*

⁸⁹ Oficio estrictamente confidencial del Ministro de Relaciones Exteriores al Embajador de Chile en Bolivia, Santiago, 21 de agosto de 1954, n.º 61, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 680.

Empero, a principios de octubre de 1954 Alejandro Hales informaba a Santiago sobre la realización del V Congreso de Trabajadores Mineros en Catavi, localidad que evocaba un pasado de reivindicaciones frustradas⁹⁰. Y no solo se trataba de reseñar la reunión como observador neutro de la política interna del país, dado que Alejandro Hales había sido invitado de manera especial por el ministro de Minas, Juan Lechín, junto con el plenipotenciario de Uruguay, Julio Lacarte –los únicos diplomáticos presentes en las sesiones de trabajo de la conferencia. El Embajador, sin embargo, no era el único chileno presente en el V Congreso, pues también participaba Manuel Gallardo, como representante de los trabajadores del país.

El dirigente Manuel Gallardo fue catalogado como “comunista”, por parte de Alejandro Hales, luego de tener un acalorado intercambio de opiniones sobre “supuestas masacres de obreros ocurridas en Chile” y de advertir al delegado que no toleraría de su parte tergiversaciones o el uso de la tribuna de los mineros bolivianos para desprestigiar al gobierno de Chile y su democracia⁹¹. De acuerdo con el Embajador, el dirigente Manuel Gallardo no se atrevió a insistir en su actitud subversiva. Sin embargo, tiempo después, *El Mercurio* publicaba una pequeña, pero contundente nota informando sobre una resolución del Congreso de Trabajadores Bolivianos que pedía al presidente chileno “la libertad de los dirigentes obreros, políticos y periodistas”; y, solicitando la derogación del estado de sitio, declaraba su solidaridad con las luchas sindicales de Chile⁹². Lazos, por tanto, transnacionales de un sindicalismo que, poco a poco, se volvía molesto en ambos países.

LAS REDES CHILENO-BOLIVIANAS

Como se advierte, los vínculos no se limitaron solo al ámbito estatal. De hecho, las afinidades ideológicas y personales entre bolivianos y chilenos se venían forjando desde los años previos a la revolución de 1952 y, sin duda, desempeñaron un importante papel a mediados de “la década dorada”.

De acuerdo con Milton Cortés, luego de la renuncia del presidente José Enrique Hertzog y la asunción a la primera magistratura de su vicepresidente, Mamerto Urriolagoitia, se solicitó al gobierno de Gabriel González Videla que recibiera a un conjunto de exiliados esperando evitar que su destino fuera Argentina o Perú, países en los que se temía lograran conspirar con mayor libertad dado sus respectivos gobiernos. La Moneda aceptó la petición con la condición de que ninguno de los expatriados fuese comunista⁹³. Decisión que resultaba comprensible, aunque el espectro de la recepción era demasiado amplio como para sortear posibles complicaciones.

⁹⁰ El 21 de diciembre de 1942 destacamentos del ejército boliviano atacaron campamentos mineros ubicados en la localidad de Catavi (Potosí) para terminar con un movimiento de reivindicaciones laborales. La acción se conocería como masacre o matanza de Catavi.

⁹¹ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 7 de octubre de 1954, n.º 1135/121, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 682.

⁹² “Petición del congreso de Trabajadores Bolivianos”, en *El Mercurio*, Santiago, 5 de noviembre de 1954, p. 33.

⁹³ Cortés, *op. cit.*, p. 155.

Entre los exiliados más destacados figuraban Juan Lechín y José Fellmann Velarde. Este último publicaría a fines de 1952 el libro titulado *Una bala en el viento*, que el encargado de negocios de Chile en La Paz, Alfonso Somavía, consideraba una suerte de “biografía de la revolución boliviana”⁹⁴; es decir, la imagen con que el propio autor definía al texto en el subtítulo. Para el diplomático chileno la obra tenía especial interés porque algunas de sus afirmaciones y relatos contenían “cierto valor político –por venir de quien venía– y porque inciden en un período de la historia diplomática entre Chile y Bolivia”. En primer lugar, destacaba el destierro en Chile de los dirigentes del MNR y reproducía, con preferencia, los párrafos en que José Fellmann relataba el apoyo brindado por el Movimiento Nacional Sindicalista de Chile a los exiliados bolivianos⁹⁵. Uno de sus dirigentes, Gastón Acuña Mac Lean, no solo prestó una “grande y estimable ayuda”, sino que, además, cuando estalló la guerra civil en Bolivia “y los contingentes de desterrados hacían lo imposible por viajar a sumarse a las filas de la Revolución”, les facilitó dinero, ropa y “sirvió de guía en los caminos de la huida”. José Fellmann recordaba cómo en pleno invierno “Acuña y algunos de sus hombres se empeñaron en pasar la Cordillera. Una larga estada en un hospital, con principios de congelamiento, fue el resultado, para este último, de la heroica tentativa”⁹⁶. Se trató de una colaboración entre civiles chilenos y bolivianos de signo cambiado con la que, al mismo tiempo, desarrollaban ambos gobiernos. La administración de Gabriel González Videla envió diversos pertrechos al Jefe de Estado Mayor boliviano para hacer frente al levantamiento y posterior guerra civil de 1949, y terminó controlando de modo férreo las actividades de los desterrados en Chile: de la vigilancia se pasaría a una suerte de persecución, sobre todo ante la publicidad que “la causa” estaba logrando a lo largo del país⁹⁷.

Cuando la embajada de Argentina en Santiago negó el asilo a los dirigentes Juan Lechín y Mario Torres, estos lo solicitaron a la representación de Uruguay y, en una acción bastante inédita, su embajador consultó con la cancillería chilena, recibiendo un tajante “no” como respuesta. En dicha tesitura, Gastón Acuña acudió al abogado Mario Montero Schmidt –quien había participado en la defensa de Carlos Ibáñez del Campo frente a la acusación de conspiración contra la seguridad del Estado, en 1948– a fin de interponer un recurso de *habeas corpus* ante la Corte de Apelaciones de Santiago. Aunque el resultado fue adverso y, según José Fellmann, “se habían hecho llegar determinadas sugerencias desde altas esferas de la política chilena”⁹⁸, la construcción de vínculos entre dirigentes y líderes políticos, sin desconocer la de aquellos militantes anónimos, era innegable. Tiempo después, Gastón Acuña Mac Lean llegaría a ser secretario general del gobierno de Carlos Ibáñez –entre 1953 y 1958– y Mario Montero Schmidt, ministro

⁹⁴ Oficio confidencial del Encargado de Negocios de la Embajada de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 26 de diciembre de 1952, n.º 2122/202, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 650.

⁹⁵ José Fellmann Velarde, *Una bala en el viento. Biografía de la revolución boliviana*, La Paz, Fénix, 1952.

⁹⁶ Oficio confidencial del Encargado de Negocios de la Embajada de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 26 de diciembre de 1952, n.º 2122/202, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 650.

⁹⁷ Cortés, *op. cit.*, p. 156.

⁹⁸ Oficio confidencial del Encargado de Negocios de la Embajada de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 26 de diciembre de 1952, n.º 2122/202, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 650.

de Tierras y Agricultura —entre 1954 y 1955—, alrededor de los años en que José Fellmann se convirtió en secretario personal del presidente Víctor Paz Estenssoro y también subsecretario de Prensa, Informaciones y Cultura; y Juan Lechín en ministro de Minas y Petróleo. Más aún, durante la década de 1950, José Fellman viajó a Chile con cierta regularidad, pues su esposa, Silvia Toledo Marín, era oriunda de Puerto Montt⁹⁹.

La circulación de ideas y objetivos fue fructífera, sobre todo, entre los movimientos de trabajadores; y, junto al incremento de los viajes, se manifestó la noción de una lucha superior, en el signo de los tiempos. En esta línea, Edwin Möller, uno de los fundadores de la Central Obrera Boliviana, relataba en su autobiografía las vicisitudes de su exilio en Chile y cómo en “ese país hermano”, él y un ingente grupo de dirigentes políticos y sindicales fueron recibidos “con plena solidaridad por los sindicatos obreros y los partidos socialistas y trotskistas”¹⁰⁰. Con ello, aquel destierro se convirtió en una experiencia que les permitió fortalecer su “conciencia política y de clase”¹⁰¹. En su recuerdo, “la estadía en Chile fue siempre agradable” gracias al “espíritu fraternal y solidario del pueblo chileno”. Lo difícil fue conseguir un trabajo adecuado. Incluso, Ñuflo Chávez Ortiz, uno de los fundadores del MNR, trabajó como obrero en la fábrica Yarur. Con todo, Edwin Möller describe cómo nunca dejaron de desarrollar actividades políticas y él mismo dio conferencias en los sindicatos chilenos con periodicidad¹⁰².

Algunos años después, durante la realización del Congreso de la Federación Minera de Chile, en octubre de 1952, la delegación de la COB fue recibida con auténtica expectación. El periódico vespertino *Las Noticias de Última Hora* cubrió el evento y la presencia de los delegados altioplánicos, destacando, en primer lugar, los objetivos de la revolución: nacionalización de las minas, reforma agraria, independencia sindical del movimiento obrero y democracia proletaria. Pero el trasfondo de aquellos planes era mayor para los bolivianos: “La unidad de los países dependientes y económicamente atrasados se realizará inevitablemente a través de la consolidación de las revoluciones nacionales y su extensión en la lucha antiimperialista”¹⁰³. En su visión, la Revolución boliviana y los “pronunciamientos electorales de los pueblos de Chile, Ecuador, Argentina y Guatemala”, evidenciaban la derrota del imperialismo estadounidense, de cuya “funesta influencia” también escapaban, por ejemplo, Egipto e Irán, y otros pueblos que realizaban “su liberación nacional a través del movimiento de masas”¹⁰⁴. La interpreta-

⁹⁹ Oficio confidencial del Encargado de Negocios de la Embajada de Chile en Bolivia al ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 2 de febrero de 1954, n.º 139/11, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 682.

¹⁰⁰ “Los desterrados de izquierda en esa época fuimos: Luis Aramayo (dirigente ferroviario), Edwin Möller (dirigente de empleados de industria y comercio), Héctor Alemán (Munícipe de Potosí), Assad Simons (diputado de Beni), Adán Rojas (diputado minero), Guillermo Limpas (dirigente bancario), Víctor Villegas (dirigente bancario), Hugo González Moscoso (dirigente del POR), Víctor E. Sanjinés (diputado por Potosí), Abelardo Villalpando (Alcalde de Potosí)” (...) “Junto a nosotros también fueron desterrados Roberto Méndez Tejada, Guillermo Muñoz de la Barra, Egberto Ergueta, Ñuflo Chávez Ortiz, Vicente Álvarez Plata, Carlos Daza y otros movimientistas”, en Edwin Möller Pacieri, *El Dios desnudo de mi conciencia revolucionaria: autobiografía y revolución nacional*, La Paz, Plural Editores, 2001, p. 39.

¹⁰¹ *Op. cit.*, p. 38.

¹⁰² *Op. cit.*, p. 40.

¹⁰³ “Unidad de los trabajadores latinoamericanos frente al imperialismo, es necesidad vital”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 22 de octubre de 1952, p. 7.

¹⁰⁴ *Ibid.*

ción precedente no solo resulta interesante por la temprana identificación con el proceso de descolonización en ciernes, sino que, además, por ubicar la elección de Carlos Ibáñez en la línea de acción revolucionaria.

A modo de anécdota –pero expresión de los cruces y transferencias– resulta notable el entusiasmo con que *Las Noticias de Última Hora* anunciaba el arribo de Julio Guzmán Galarza, miembro de la delegación boliviana y presidente de la Confederación de Estudiantes Bolivianos, quien, de acuerdo con el rotativo, había dirigido la resistencia al gobierno de Mamerto Urriolagoitia en la Universidad de La Paz y encabezado la brigada de combatientes universitarios durante la revolución¹⁰⁵. Muchos años después, en junio de 1971, Mario Guzmán Galarza¹⁰⁶, quien llegó a ser secretario de Asuntos Internacionales del MNR y ministro de Educación del último gobierno de Víctor Paz Estenssoro, realizó una entrevista a Salvador Allende. En su introducción reseñaba el vínculo con el “compañero Presidente” para indicar: “No había visto al doctor Allende en muchos años y deseaba saludarle personalmente. Recordaba las veces que nos reunimos en el Senado, en otros tiempos, para tomar el ‘once’, o sea el té, con los amigos socialistas”¹⁰⁷. Después de agosto de 1971, Mario Guzmán Galarza se exilió en Chile y, luego de septiembre de 1973, saldría otra vez al exilio, rumbo a México, uniendo destinos con René Zabaleta y Clodomiro Almeyda¹⁰⁸.

Los contactos, fueron más allá de los límites del Movimiento y del mundo sindical chileno. Durante su exilio en Chile, Juan Lechín se convirtió en un nexo entre el MNR (o, más bien, su ala izquierda) y el Partido Socialista Popular (PSP). Luego, dio a conocer buena parte de las acciones del gobierno de Víctor Paz Estenssoro, como la nacionalización de las minas de estaño, la reforma agraria o la expansión del sufragio, en espejo de sus postulados programáticos y causa de admiración por el “modelo boliviano”¹⁰⁹. A los socialistas populares se unirían, además, el Movimiento Nacional Ibañista (MNI) y los agrario-laboristas.

Una de las primeras organizaciones en manifestar su respaldo a la Revolución boliviana –a pocos días de asumido el gobierno de Víctor Paz Estenssoro– fue el Movimiento

¹⁰⁵ “Héroe minero de la revolución boliviana viene al Congreso”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 18 de octubre de 1952, p. 16.

¹⁰⁶ La evidencia sugiere que o se trata de un hermano de Julio Guzmán Galarza o es la misma persona. La noticia refiere a Julio como un líder estudiantil quien había encabezado la resistencia al gobierno de Mamerto Urriolagoitia desde la Universidad de Paz; no obstante, la universidad estatal de La Paz es la Universidad Mayor de San Andrés, y en abril de 1952, Mario Guzmán Galarza era secretario ejecutivo de la Federación Universitaria Local (FUL) de dicha Universidad, y en la sede de la misma se realizó una reunión nocturna el 9 de abril entre los líderes revolucionarios; reunión en la que se decidió la estrategia revolucionaria. Véase: PNUD Bolivia, *Tenemos pechos de bronce... pero no sabemos nada*, La Paz, Plural Editores, 2003, p. 207.

¹⁰⁷ Eduardo Rivas (versión digital, 2015), “Salvador Allende. Proceso de cambio factible dentro de cauces legales. Entrevista del periodista y diplomático boliviano Mario Guzmán Galarza”, pronunciado el 18 de junio de 1971, edición Marxists Internet Archive, 2 de febrero de 2016. Disponible en www.marxists.org/espanol/allende/1971/junio18.htm [fecha de consulta: 27 de agosto de 2019].

¹⁰⁸ Véase Eusebio Andujar de Jesús, “El exilio boliviano en México: prácticas intelectuales y redes sociales”, en *Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional*, vol. 7, n.º 27, La Paz, agosto 2013, pp. 20-35; Sergio Colmenero, *Facultad de Ciencias Políticas y Sociales 1951-2001*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 162.

¹⁰⁹ Joaquín Fernández, “Nacionalismo y marxismo en el Partido Socialista Popular (1948-1957)”, en *Izquierdas*, n.º 34, Santiago, 2017, pp. 26-49.

Nacional Ibañista (MNI), presidido por Bernardino Villa. A través de una declaración, el MNI señalaba que el estallido de la revolución era consecuencia del desconocimiento del triunfo electoral de Víctor Paz Estenssoro en las elecciones de 1951, junto con la ineptitud posterior de la Junta Militar para dar respuesta adecuada a las demandas sociales. En su comunicado, los dirigentes del MNI afirmaban “que los pueblos son capaces de arrasar incluso a camarillas militares, a los que traicionan intereses nacionales y se entregan a los manejos del imperialismo”¹¹⁰. Asimismo, añadían que, si bien era lamentable emplear el tipo de medios utilizado por el pueblo boliviano para derrocar a la Junta Militar, la alternativa se justificaba si se agotaban los mecanismos de persuasión y se trataba de restablecer tanto la decencia como el orden democrático. La declaración finalizaba afirmando:

“[...] el MNI, que es un movimiento de unidad de clases medias, obreras y campesinas, está igualmente dispuesto, como el proletariado boliviano, a aniquilar –en cualquier terreno– a los descontrolados y totalitarios que pretenden cuartelazos o motines en contra del legítimo y abrumador triunfo que obtendrá el 4 de septiembre próximo el candidato nacional y popular general Carlos Ibáñez del Campo”¹¹¹.

Por su parte, pocos días después de la transmisión del mando de Gabriel González Videla a Carlos Ibáñez, personeros del agrario laborismo y del Partido Socialista Popular organizaron un gran homenaje a la Revolución boliviana en el teatro Caupolicán. En la ocasión se entonaron los himnos de ambos países y se presentaron diversos números artísticos y musicales. Previo al acto, en el mismo teatro los organizadores proyectaron una película acerca del proceso de nacionalización de las minas en Bolivia y sobre el traspaso de poder en Chile. En palabras de Eugenio González, senador socialista y presidente de la comisión organizadora, el evento “debía alcanzar gran relieve y poner de manifiesto la solidaridad de las naciones de la América Latina”¹¹². En esta línea, el antiimperialismo sería uno de los ejes aglutinadores; y es que, además de invitar a numerosas organizaciones de obreros, intelectuales, estudiantes y empleados, se contaba con la participación de los dirigentes –desterrados en Santiago– del APRA y los –también expatriados– de Acción Democrática de Venezuela¹¹³.

Aunque se esperaba la participación de Juan Lechín, quien, por último, no pudo llegar de Bolivia, el acto fue presidido por el embajador en Santiago, Carlos Montenegro, así como por el secretario ejecutivo de la Confederación Obrera Boliviana, Mario Torres, y por los dirigentes políticos chilenos Raúl Ampuero –secretario general del PSP– y Javier Lira –vicepresidente del PAL–, y los ministros de Trabajo, Clodomiro Almeyda, y Justicia, Orlando Latorre. La atención, de inmediato se centró en la nacionalización

¹¹⁰ “MNI celebra el triunfo de la revolución boliviana contra imperialismo: acuerdos”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 17 de abril de 1952, p. 16.

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² “Mañana se efectuará en el Teatro Caupolicán el homenaje popular a la Revolución Boliviana”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 8 de noviembre de 1952, p. 3.

¹¹³ Las organizaciones sociales asistentes al acto fueron: Unión de Profesores de Chile; Asociación Nacional de Empleados Fiscales; Alianza de Intelectuales; Federación de Educadores de Chile; Federación Santiago Watt; Confederación de Estudiantes; Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH); Federación de Estudiantes Secundarios.

de las minas de estaño. Si para el delegado —y futuro Presidente de la República— venezolano, Jaime Lusinchi, la nacionalización implicaba uno de los hechos revolucionarios más importantes del siglo en el continente, el sentido de las palabras de Raúl Ampuero, parafraseadas por *Las Noticias de Última Hora*, aludía sin ambages a una proyección de futuro:

“Dijo Ampuero que el gobierno boliviano había tenido una actuación magnánima con los barones del estaño en Bolivia y que no estaba cometiendo un robo al recuperar esta riqueza para el pueblo, sino que se estaba cumpliendo un imperativo histórico. Agregó que el procedimiento boliviano era el que había que tener en cuenta para aplicárselo a las compañías norteamericanas del cobre si éstas no cumplían sus obligaciones con el país”¹¹⁴.

El alcance de la acción, desde luego, no pasaba desapercibido para el político chileno: se levantaría una gran campaña contra Bolivia, “la cual hay que combatir a todo trance”, y sindicaba a *El Mercurio*, como “El compadre de la rosca boliviana” en Chile¹¹⁵. El acto, se comprende, no fue cubierto por dicho medio periodístico, ni tampoco por el *Diario Ilustrado*.

No pocos chilenos se desplazaron a Bolivia. En marzo de 1953, *El Diario Ilustrado* daba a conocer que, de acuerdo con sus informaciones, el gobierno boliviano había invitado a cuatro diputados del Partido Agrario Laborista (PAL), “a fin de que realicen una visita por ese país y conozcan todos sus aspectos”¹¹⁶. Entre los invitados se mencionaba a Sergio Recabarren y Javier Lira Merino, pertenecientes a dicho partido. La noticia contenía una cuota de verdad, ya que el desplazamiento se realizaría, pero casi un año y medio después. A principios de julio de 1954 la Embajada de Chile en La Paz informaba sobre el viaje de cinco diputados del PAL: Luis Martín Mardones, Luis Alberto Guzmán, Ramón Espinoza, Arnaldo Rodríguez Lazo y Sergio Recabarren¹¹⁷. Arnaldo Rodríguez Lazo era uno de los fundadores del partido; Ramón Espinoza fungió como jefe del Comité Parlamentario de esa agrupación política; Luis Martín fue dirigente de la campaña de Carlos Ibáñez del Campo y Sergio Recabarren asumiría, en 1955, como ministro del Interior y Hacienda, además de Embajador ante Naciones Unidas. De acuerdo con el despacho del encargado de negocios de la Embajada, Francisco Valdivieso, viajaban en una visita de carácter particular. No obstante, fueron recibidos en El Alto por el director del Departamento de Ceremonial y Protocolo de la Cancillería y por el secretario general del Comité Político del MNR. Se entrevistaron con Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles y Juan Lechín, y se desplazaron por el país en el avión presidencial. En las reuniones sostenidas con los gobernantes, según comenta Francisco Valdivieso, “los señores diputados hicieron numerosas preguntas [...] sobre la reforma agraria, la nacionalización

¹¹⁴ “Ampuero dijo que ‘El Mercurio’ es el ‘compadre de la rosca boliviana’ hoy en el Caupolicán”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 9 de noviembre de 1952, p. 16.

¹¹⁵ *Ibid.*

¹¹⁶ “Invitados oficiales del Gobierno de Bolivia, 4 diputados del PAL”, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de marzo de 1953, p. 6.

¹¹⁷ Oficio confidencial del Encargado de Negocios de la Embajada de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 2 de julio de 1954, n.º 752/85, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 682.

de las minas y la política interna de Bolivia"; y, a su vez, fueron interrogados "acerca de la situación política en nuestro país, de las posibilidades de llegar a un acuerdo con Chile para la construcción de un oleoducto a Arica"¹¹⁸. En definitiva, de sus conversaciones con los parlamentarios el diplomático chileno concluía que estos regresaban a Santiago con una idea muy clara del panorama que ofrecía el país; visión de la realidad boliviana que, en buena medida, era la suya. Con todo:

"[...] han observado la decisión y espíritu de trabajo que caracteriza a los hombres representativos de este Gobierno; pero a la vez han comprendido que hay muchos puntos oscuros en los planteamientos y que la rapidez con que afrontan ciertos problemas satisfacen aspectos políticos de la cuestión pero no significan la solución del problema mismo. Cabe destacar aquí que, por ejemplo, en todos los asuntos relativos a la reforma agraria, las medidas son adoptadas sin que exista un planteamiento que aproveche los esfuerzos realizados; las tierras se reparten y distribuyen rápidamente y caen en manos de explotadores incapaces o que carecen de poder económico para hacerlas rendir [...]. Por otra parte, pudieron comprobar que el régimen actual, con todos sus defectos y con muchos errores, tiene mayor significado nacional y contenido patrio que la situación reinante en el país antes de la revolución. Las reformas llevadas a cabo en el campo minero y educacional son radicales y difícilmente pueden admitir un paso atrás; en cuanto a la revolución agraria, necesita evolucionar y amoldarse poco a poco, ya que ha sido precipitada y puede producir trastornos que si no se evitan pueden afectar a la economía del país"¹¹⁹.

El primer impacto del periplo parlamentario fue inmediato, ya que el rumor indicaba que el grupo volvía comisionado por Víctor Paz Estenssoro para proponer a Carlos Ibáñez, de manera oficial, la concertación de un tratado comercial amplio¹²⁰. Consultado por *Las Noticias de Última Hora*, Sergio Recabarren no solo no negaba la información, sino que la ampliaba: el tratado contemplaba la construcción de un oleoducto, dado que las autoridades bolivianas tenían la intención de ofrecer a Chile parte del excedente de su producción de petróleo que sería refinado en Concón. También se ofrecería café a cambio de cañerías fabricadas en Huachipato. Más allá de su importancia práctica, Sergio Recabarren destacaba su carácter como un primer tratado "de efectiva integración económica a base de trueque y no de dólares"¹²¹. El acuerdo, como se ha mencionado, se firmó en enero de 1955 –fecha en la que Sergio Recabarren se desempeñaba como ministro del Interior– constituyendo un hito de las relaciones bilaterales¹²².

Otro nexo a destacar recae en la visita efectuada a La Paz, en septiembre de 1955, por un representante del Social Cristianismo –el único documentado– y futuro demócratacristiano, Alejandro Magnet. El escritor y periodista, de agudo análisis internacional, autor de *Nuestros vecinos justicialistas* (1953) y *El padre Hurtado* (1954), amén

¹¹⁸ Oficio confidencial del Encargado de Negocios de la Embajada de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 2 de julio de 1954, n.º 752/85..., *op. cit.*

¹¹⁹ *Ibid.*

¹²⁰ "Un tratado de integración económica a base de trueques propone el Gobierno Boliviano", en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 1 de julio de 1954, p. 4.

¹²¹ *Ibid.*

¹²² González y Ovando, *op. cit.*, p. 92.

de próximo diplomático, no realizó el viaje tradicional que incluía entrevistas con los máximos representantes del gobierno del MNR. Junto al embajador chileno, realizó una visita a la cárcel. El curioso desplazamiento, “sin sujeción a ningún control”, había sido autorizado por el ministro de Gobierno, Federico Fortún, y su objetivo era celebrar reuniones con algunos presos políticos, de manera particular con representantes de la Falange Socialista Boliviana y los militares¹²³. Si bien Juan Lechín había ofrecido a los diputados del PAL realizar una visita similar, la falta de tiempo la había impedido. Eso era, al menos, lo que se consignaba en el oficio de la Embajada¹²⁴.

Una vez en el panóptico, el primer encuentro fue con Gustavo Stumpff, segundo jefe de la Falange y cabecilla del último complot de abril de aquel año. De acuerdo con el relato descrito por Alejandro Magnet, su entrevistado habría reconocido:

“[...] que el movimiento revolucionario de este Gobierno tiene ‘un fondo de justicia frente a la situación de los campesinos, frente a la explotación inicua de los gobiernos anteriores, pero que este índice de justicia que era la reforma agraria llevaba involucrado un deseo de revancha contra el blanco’ [...]. Nos dio a conocer las gestiones que realiza con el Ministro de Gobierno Federico Fortún y las conversaciones sostenidas con el canciller Guevara, destinadas a hacer realidad la pacificación nacional [...]. Expresó que ‘Falange era un movimiento de la clase media con algunos contactos obreros’”¹²⁵.

En relación con el sector castrense, constataba cómo los militares coincidían en que la derecha “jamás volvería al poder”, para por último sostener:

“[...] las medidas adoptadas por el MNR eran beneficiosas para el país, que la intención de dichas medidas era buena, pero que los sistemas implantados eran malos. Que el principal problema del país, a su juicio, era el problema económico y que la indisciplina obrera y los errores cometidos en la nacionalización de las minas terminarían por hacer caer al Gobierno de Víctor Paz Estenssoro”¹²⁶.

La existencia de prisioneros políticos era interpretada en la cancillería chilena, y por extensión en el gobierno, como una reacción de las autoridades del MNR ante la actividad conspirativa. De hecho, Carlos Ibáñez se había comprometido a permitir la residencia de expatriados solo al sur de Antofagasta y, de la misma manera que Gabriel González Videla en su momento, a vigilar sus actividades a fin de impedir cualquier acto contrario a la estabilidad del gobierno boliviano¹²⁷. Con todo, sorprenden las facilidades entregadas para la visita y, de manera especial, el empeño del ministro Federico Fortún

¹²³ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 20 de septiembre de 1955, n.º 90, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 695.

¹²⁴ Oficio confidencial del Encargado de Negocios de la Embajada de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 2 de julio de 1954, n.º 752/85, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 682.

¹²⁵ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 20 de septiembre de 1955, n.º 90, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 695.

¹²⁶ *Ibid.*

¹²⁷ Oficio estrictamente confidencial del Ministro de Relaciones Exteriores al Embajador de Chile en Bolivia, Santiago, 21 de agosto de 1954, n.º 61, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 680.

por suministrar a los visitantes chilenos todos los documentos que, encontrados en poder de los presos, confirmaban las conspiraciones. Alejandro Hales lo entendía como un acto dirigido a diluir "la mala impresión recibida durante la visita al Panóptico"¹²⁸. Quizá también apuntaba a destacar las dificultades de un proceso de innegable legitimidad, pero bastante complejo.

Desde luego existió una contracara, ya que la Revolución boliviana despertó entusiasmo en los socialistas populares y en grupos nacionalistas, generó también un profundo rechazo en representantes de algunos sectores de la derecha. Uno de ellos era el diputado del Partido Liberal Juan Peñafiel Illanes, que se encontraba en La Paz en los días en que estalló la revolución y presenció de manera directa los acontecimientos que llevaron a la caída de la Junta Militar. A su juicio, se trataba de un proceso revolucionario que con dificultad lograría la paz en Bolivia, por deber su impulso a las mismas fuerzas que habían respaldado al gobierno de Gualberto Villarroel. Consideraba, asimismo, que el MNR era la expresión orgánica de "un conjunto fascista y peronista"¹²⁹. Pero a pesar de su crítica, Juan Peñafiel reconocía que las causas de la Revolución boliviana obedecían a dos factores. En primer lugar, al hecho de que le hubieran arrebatado la elección a Víctor Paz Estenssoro, "motivo por el cual el Movimiento Nacional Revolucionario tenía que estar dispuesto a entrar a cualquiera revolución que lo invitaran"¹³⁰. Un segundo aspecto tenía relación con la tensión y el descontento que existía entre los militares que participaban de la Junta con el Comandante en Jefe del Ejército.

En definitiva, a medida que se intensificaba la campaña para las elecciones presidenciales en Chile, sectores liberales empezaron a denunciar la supuesta cooperación que existía entre algunos miembros del cuerpo diplomático boliviano con la candidatura ibañista. Según información proporcionada por el diputado liberal Luis Undurraga Correa, integrantes del comando de Carlos Ibáñez se habían reunido en Arica con el nuevo cónsul boliviano residente en esa ciudad¹³¹. Rumor que, por cierto, tenía bastante asidero.

LA PRENSA CHILENA Y LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA

El proceso abierto el 9 de abril de 1952 en La Paz concitó la atención, admiración y escepticismo nacional; y, desde un primer momento, la tierra de la revolución fue objeto de innumerables notas y reportajes, así como destino de una gran cantidad de periodistas chilenos con un mismo propósito: desentrañar aquel experimento.

El viernes 11 de abril, *El Mercurio* anunció la suspensión del servicio de trenes entre Antofagasta y La Paz, indicando, además, que el embajador de Chile en La Paz cifraba el resultado de los enfrentamientos en alrededor de doscientos muertos. De acuerdo con la misma fuente, al inicio de la insurrección: "Noticias de diversas procedencias expo-

¹²⁸ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 20 de septiembre de 1955, n.º 90, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 695.

¹²⁹ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de abril de 1952, p. 2.

¹³⁰ *Ibid.*

¹³¹ *Op. cit.*, 24 de julio de 1952, p. 9.

nen que las tropas gobiernistas están derrotando a los rebeldes y aún algunas de ellas manifiestan que se habría producido el colapso de los revolucionarios¹³².

Una semana más tarde, en los títulos de la sección Internacional de *El Mercurio* se podía leer: “Triunfó la Revolución en Bolivia”¹³³; y se daba a conocer que tanto el Nuncio Apostólico, como los embajadores de Brasil y Chile en Bolivia, habían planteado una tregua, para poner término a los enfrentamientos que ya alcanzaban las mil víctimas¹³⁴.

Uno de los primeros periodistas en viajar a cubrir los acontecimientos fue Tito Mundt, corresponsal extraordinario de *Las Noticias de Última Hora*, quien –invitado por el presidente boliviano– permaneció ocho días en La Paz entrevistando desde el propio Víctor Paz Estenssoro hasta militantes anónimos del MNR, así como también a opositores al nuevo gobierno.

En primer lugar, llamarían la atención del periodista los desfiles populares: cinco durante la semana en que se desarrolló su estadía. Marchas en las que los manifestantes desfilaban con paso militar, uniformados y gritando consignas que para Tito Mundt evocaban “las escenas de la revolución mexicana y las de los primeros tiempos de la Guerra Civil española”¹³⁵. Impresiones e imágenes que planteaban un primer desafío: ¿cómo calificar la revolución? Desde luego, la comprensión pasaba por el examen de sus promesas y primeras acciones. En su entrevista con el corresponsal chileno, Víctor Paz se referiría al estaño, a la reforma agraria y, antes que todo, a “su viejo sueño: la radical reforma electoral”. De hecho, Tito Mundt sería testigo del anuncio y firma del decreto a través del cual se aumentaba el universo electoral de 150 000 personas a un millón y medio, autorizando a todo mayor de dieciocho años –hombre o mujer, alfabetizado o no– a votar: “La mejor garantía de la revolución”, en palabras del Presidente¹³⁶.

En su afán por descifrar el proceso y transmitir al público chileno las diversas aristas del mismo, el periodista concluiría sus crónicas destacando la firme posición de que gozaba el gobierno; al menos hasta ese momento. Al partido militarizado y armado, se sumaba la casi completa disolución del ejército, el virtual control de la prensa, un sólido apoyo de indios y obreros y, por último, la casi completa destrucción de los partidos de oposición. Sin embargo, Tito Mundt evidenciaba una “serie de peros” relacionados con la dilucidación de los acontecimientos. Resultaba innegable que “la rosca” no se quedaría tranquila con la situación y su táctica consistía en “dejar correr” a los actuales mandatarios esperando el inicio de los conflictos internos entre ellos. Con probabilidad, el quid de la cuestión, si bien el MNR había sido acusado de peronista en un primer momento, el gobierno contaba con tres ministros trotskistas, a saber: Juan Lechín, Ñufló Chávez y Germán Butron. Estos, a su vez, eran amigos íntimos de Guillermo Lora,

¹³² “Noticias indirectas sobre la revuelta en Bolivia informan que las fuerzas del Gobierno están dominando a las revolucionarias”, en *El Mercurio*, Santiago, 11 de abril de 1952, p. 27.

¹³³ “Triunfó la revolución en Bolivia”, en *El Mercurio*, Santiago, 12 de abril de 1952, p. 27.

¹³⁴ “La más sangrienta revolución de su historia ha dado la victoria al MNR: miles de muertos y heridos”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 12 de abril de 1952, p. 16.

¹³⁵ Tito Mundt, “Así es la Revolución Boliviana”, en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 27 de julio de 1952, p. 5.

¹³⁶ *Ibid.*

quien poseía un pasado de destierro en Chile, y habían suscrito las Tesis de Pulacayo, tal como fue advertido por otros medios periodísticos chilenos. Y, por otra parte, Víctor Paz y Hernán Siles representaban el ala moderada. Como agudo observador de los sucesos, Tito Mundt no dejó de reseñar la realización de una misa en recuerdo de Gualberto Villarroel, así como la presencia de una imagen del Sagrado Corazón de Jesús en el despacho presidencial, junto a los retratos de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre: sincretismo que resumía la singularidad del proceso, amén de sus contradicciones.

La cobertura que *El Diario Ilustrado* haría del proceso desde sus inicios, reflejaba, por su parte, las dificultades para lograr determinar las claves y naturaleza del mismo. En un principio se aludía a la Revolución boliviana como la manifestación de una "confabulación nazi-comunista"¹³⁷. La expresión fue utilizada luego de que el embajador de Bolivia en Santiago de Chile, Alberto Ostria Gutiérrez, calificara al proceso revolucionario de "antidemocrático" o, bien, de "contubernio nacista-comunista que hoy aparece encabezando el movimiento subversivo de mi país"¹³⁸. Pese al tono de los calificativos, pocos días después *El Diario Ilustrado* se refirió a la situación de Bolivia como normalizada, destacando el compromiso de Hernán Siles, en su condición de presidente interino, de respetar la Constitución vigente en ese entonces¹³⁹. Una opinión similar fue emitida, por este mismo diario, cuando a modo de reportaje hizo un balance de la primera semana del gobierno revolucionario. El artículo partía reconociendo que hasta los más críticos afirmaban que el gobierno se había "comportado admirablemente"¹⁴⁰. A su vez, se valoraba el hecho de que Víctor Paz no hubiese adoptado una actitud antiimperialista y antiinversión extranjera *per se*, sino que más bien llegara a plantear que "invitaba al capital extranjero a hacer inversiones para explotar 'nuestras riquezas naturales en condiciones que contemplen los legítimos intereses de la nación'"¹⁴¹. En relación con el MNR la nota de *El Diario Ilustrado* señalaba que su principal problema —en la línea de Tito Mundt— era conciliar las posiciones moderadas con las extremistas. Los "moderados" eran "presididos por Paz Estenssoro y Siles Suazo, y que se cree es el que ejerce mayor influencia"; mientras que a "los llamados extremistas" los encabezaba "el dirigente minero Juan Lechín", a quien se había "llamado comunista, pero en fuentes bien informadas se dice que no lo es"¹⁴².

En la medida en que el proceso revolucionario fue avanzando, la prensa chilena ofreció espacio para la crítica y la disidencia; pero contrastando, al mismo tiempo, las visiones de los opositores y disidentes con la versión oficial respecto a los hechos. Fue así como, a propósito de la nacionalización del estaño, *El Diario Ilustrado* reprodujo una entrevista que se le realizara en Buenos Aires al expresidente de Bolivia Enrique Herzog, quien sostuvo de manera categórica que: "La victoria del comunismo en América es la nacionalización minera boliviana"¹⁴³. Algunos días después el mismo diario

¹³⁷ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de abril de 1952, p. 6.

¹³⁸ *Ibid.*

¹³⁹ *Op. cit.*, 13 de abril de 1952, p. 5.

¹⁴⁰ *Op. cit.*, 20 de abril de 1952, p. 17.

¹⁴¹ *Ibid.*

¹⁴² *Ibid.*

¹⁴³ *Op. cit.*, 5 de noviembre de 1952, p. 2.

publicaba una entrevista al canciller boliviano, afirmando, a modo de titular, que dicho representante del gobierno esclarecía “todo lo relativo a la nacionalización de minas”¹⁴⁴.

Con todo, a poco más de un año de iniciado el proceso, el abogado Alberto Prado Riveros publicaba, en *El Diario Ilustrado*: “Bolivia vista por un chileno”; y la imagen era muy diferente. Para Alberto Prado, en Bolivia se vivía “una de las peores tiranías” de las que tuviera recuerdo su historia, y “las tropelías cometidas” recordaban “en parte los días de la sangrienta dictadura de Melgarejo”¹⁴⁵. Más allá de la evidente exageración, la imagen transmitida sobre la Revolución al sector más conservador de la sociedad chilena –público lector del rotativo– destacaba la condición de amenaza.

Sin embargo, en julio de 1954, desde las páginas de *El Mercurio* se podía leer que Bolivia no aceptaba a los comunistas ni soportaba “las ideas de los soviéticos”¹⁴⁶. La cuña, que al mismo tiempo era el título del reportaje, la había obtenido el periodista chileno Raúl Aldunate Phillips del presidente boliviano en La Paz.

Por su parte, el Premio Nacional de Periodismo, Luis Hernández Parker, también viajó a La Paz a cubrir el proceso para la revista *Ercilla*. Al igual que Tito Mundt, era un invitado del presidente Víctor Paz Estenssoro, junto a Octavio Neira –de *La Nación*– y José Monasterio –de *El Mercurio*. Esta vez, el reportero se convertiría en entrevistado para referirse al hecho de que, con seguridad, generaba mayor expectativa o aprensión. Al ser consultado sobre las posibles similitudes entre los gobiernos de Chile y Bolivia, debido a su eminente extracción popular, el mencionado periodista indicó:

“Ambos tienen de común esa lava popular que vino desde los más humildes rincones sociales. Sin embargo, las diferencias son marcadas, pero no quisiera subrayarlas en esta ocasión porque creo que la crítica de los defectos de la propia Nación, uno no los debe puntualizar en tierra extraña, aunque esta sea tan fraternal y próxima como la de Bolivia. Pero en abono del Gobierno de la Moneda puedo decir lo siguiente: aquí gobernar es fácil, porque todo está por hacer. Gobernar Chile es endemoniadamente difícil porque a las dificultades económicas, se une la oposición política incansable y democrática”¹⁴⁷.

Sus palabras expresaban esa cierta admiración que cautivó a muchos de los observadores extranjeros, aunque existían reservas respecto de la oposición boliviana. ¿Se trataba de un grupo no democrático?, o, bien, ¿la oportunidad alcanzada por el gobierno revolucionario para mantener el control de la situación radicaba en que buena parte de la oposición se encontrara perseguida o encarcelada?

¹⁴⁴ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 9 de noviembre de 1952, p. 19. En esa entrevista el Canciller realiza una importante aclaración respecto a lo que significa la nacionalización y la necesidad de atraer al capital extranjero: “Mi país es una nación de recursos grandes, pero inexplorados –sostuvo el canciller boliviano–. Se necesitan capitales que fomenten nuestra riqueza minera de bosques y de cultivos y tratamos de obtener capital extranjero que nos ayude a usar nuestras grandes riquezas, y comprendemos perfectamente que la confiscación de propiedades particulares no es la forma de atraer a esos capitales”.

¹⁴⁵ Alberto Prado Riveros, “Bolivia vista por un chileno”, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 16 de octubre de 1953, p. 1.

¹⁴⁶ “Bolivia no acepta a los comunistas ni soporta las ideas de los Soviéticos”, en *El Mercurio*, 18 de julio de 1954, p. 21.

¹⁴⁷ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 11 de noviembre de 1954, n.º 1276/136, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 680.

Quienes observaron con más entusiasmo el acontecer político boliviano, incluso desde antes de la revolución de abril de 1952, fueron los grupos nacionalistas que se agruparon en torno al periódico *Estanquero*. Cabe destacar que en este grupo hubo figuras que estuvieron vinculadas al ibañismo y al PAL, así como también a una derecha alternativa a los partidos Liberal y Conservador. En la edición del 13 de marzo de 1954, en el *Estanquero* se sostenía que, desde 1952, Bolivia era “un ejemplo de democracia en América, por primera vez en la historia republicana del país. Lo demás, no pesa en la balanza a tiempo de cómputo decisivo”¹⁴⁸. Se decía, además, que el grueso de la población vivía en la penuria antes de la revolución y que esa condición se venía proyectando desde la época de la dominación colonial. Especial importancia se le asignaba a la labor emprendida por los dirigentes del MNR, quienes promovían una ciudadanía mucho más integral, dignificando a la población indígena:

“El indio es amparado por las autoridades, percibe un salario por su trabajo, vota en las elecciones [...] y tendrá escuelas. El gobierno trabaja, positiva e infatigablemente, para conseguir estos objetivos. Y lo que es más importante por ahora: el indio ya es dueño de su tierra, de su libertad y de su destino. Ha dejado de ser una bestia de carga, o un instrumento de trabajo”¹⁴⁹.

Positivo es el balance que hace el *Estanquero* de la gestión del gobierno de Víctor Paz Estenssoro. En términos generales, se afirmaba que el Presidente gobernaba en pos del interés general, con el fin de beneficiar a las grandes mayorías nacionales. Así, dirigía su política hacia los obreros asalariados, que se desempeñan en la producción minera, a los habitantes de las ciudades, pero también a las comunidades indígenas y campesinas. De ahí que “la acusación de comunista, que se hace al gobierno de Bolivia, es infantil y maliciosa. En el país todos saben que el MNR, al arrebatar al comunismo todas sus banderas de lucha, ha demostrado que esa doctrina dejó ya de ser una solución para nuestros problemas”¹⁵⁰.

En un artículo anterior se destacaba, como característica positiva de la experiencia revolucionaria, la unidad de la clase obrera organizada en sindicatos y federaciones que se congregaban en la COB¹⁵¹. Ahora bien, el aspecto más relevante del movimiento revolucionario residía en la posesión de “un claro sentido proletario, es decir, mandan los que viven de un salario. Fue y es una revolución nacida y forjada ¡desde abajo!”¹⁵². No obstante, el proceso boliviano no era nacionalista en estricto rigor, por el desprecio al capital y por el tono obrerista, distinto a la idea de unidad y de conciliación entre las clases que pregonaban los grupos nacionalistas en Chile¹⁵³. Por tanto, se colegía que la Revolución boliviana tenía un claro sentido antioligárquico y antiimperialista, con un

¹⁴⁸ “La democracia nacionalista en Bolivia. Un ejemplo de democracia americana”, en *Estanquero*, Santiago, 13 de marzo de 1954, p. 12.

¹⁴⁹ *Op. cit.*, p. 13.

¹⁵⁰ *Ibid.*

¹⁵¹ Hernán Munita Contreras, “Visión de la revolución boliviana”, en *Estanquero*, Santiago, 19 de septiembre de 1953, pp. 39 y ss.

¹⁵² Munita, *op. cit.*, p. 40.

¹⁵³ *Ibid.*

tinte de tipo clasista, que la hacía diferente de fenómenos como el peronismo, pero que la acercaban al ibañismo, más bien, en términos de cordialidad. Lo vivido en Bolivia era inédito, sin precedentes en ese país y equivalente, en muchos aspectos, a lo que sucedía en la misma época en la Guatemala de Jacobo Arbenz (1951-1954).

Como se advierte, el proceso despertó enorme simpatía y, en menor medida, repulsa; pero sobre todo conciencia del sentido de justicia presente en las acciones emprendidas y, además, una enorme dificultad para definir su orientación política.

EL FINAL DE LA DÉCADA DORADA

En noviembre de 1950, el líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Víctor Paz Estenssoro, dirigió una carta a su correligionario Hernán Siles Zuazo, refiriéndose al tema de la mediterraneidad en los siguientes términos:

“Para nosotros, el problema del puerto no figura entre los de primera fila que confronta Bolivia. La afirmación que frecuentemente se hace de que nuestro atraso proviene principalmente de la falta de una salida al mar, a más de pueril es tendenciosa, pues busca desviar la atención pública de las verdaderas causas del estancamiento de Bolivia”¹⁵⁴.

De hecho, durante la presentación de credenciales del embajador Luis Rau, Víctor Paz se refirió al puerto para Bolivia como “un tema del pasado, explotado por los políticos de la oligarquía y del imperialismo para desviar la atención del pueblo de sus verdaderos y auténticos problemas”¹⁵⁵. El tema reapareció durante la visita de Carlos Ibáñez a La Paz, sobre todo durante su entrevista con la prensa; pero, al decir de Alejandro Hales, el tono sería diferente al utilizado antes de la revolución:

“A raíz de la conferencia, aparecieron diversos artículos en los diarios paceños, acentuando los mismos argumentos que tradicionalmente se han esgrimido en este país para mover la opinión nacional y continental, y especialmente la chilena, hacia una consideración de esta aspiración. Debo recalcar que esta vez no han sido inspirados por movimientos de la política interna de Bolivia, han sido formulados con altura de miras y desvestidos de odios y de insinuaciones mordaces. A la vez, con respecto al fondo del problema, no se ha levantado una sola voz boliviana reivindicacionista. Todos los comentarios se han concretado en buscar la salida ‘por un puerto propio’ indicando decidida o veladamente el de Arica. La posición ideológica que luchó por la reivindicación de Antofagasta aparece en esta importante oportunidad como desaparecida [...]. Con respecto a la forma como este asunto y su actualización puede haber repercutido en las relaciones entre ambos países, estimo que las declaraciones del Presidente Ibáñez, que aparecieron reproducidas fielmente en la prensa de este país, produjeron sentimientos optimistas y simpáticos con respecto a Chile y a su posición. Creo que el Presidente con su política frente al desbloqueo de mercaderías en Antofagasta, que tanto se ha destacado aquí, y con su presencia en ésta, ha desbaratado definitivamente cierto sentimiento

¹⁵⁴ Oscar Pinochet de la Barra, *Chile y Bolivia: ¡Hasta Cuando!*, Santiago, LOM Ediciones, 2004, p. 63.

¹⁵⁵ Oficio confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 5 de marzo de 1953, n.º 425/19, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 661.

que existía hacia su persona motivado por el arreglo firmado durante su presidencia anterior con el Perú¹⁵⁶.

Con todo, en 1963, siendo otra vez Presidente de la República, Víctor Paz Estenssoro había cambiado de opinión. Durante una entrevista concedida a Radio Balmaceda, señaló al medio chileno:

“Antes de la revolución los gobiernos bolivianos fugaron mucho a la salida al mar para aplacar el descontento; ellos tenían problemas, nosotros no. Queremos una salida al mar porque es vital para Bolivia. No debe olvidarse que estamos en pleno estado de desarrollo”¹⁵⁷.

Después de casi una década de gobiernos del MNR, la mediterraneidad volvería a plantearse como factor de atraso, en medio de una situación interna insostenible. A pesar de la segunda afirmación de Víctor Paz, la relación entre la aspiración marítima y las vicisitudes de la política doméstica ha sido un factor a considerar en la historia boliviana¹⁵⁸.

Durante el último periodo de la administración de Hernán Siles Zuazo (1956-1960), tras la escisión del partido de gobierno –de cara a las elecciones presidenciales de junio de 1960– y de un violento intento de sectores de la oposición por interrumpir el proceso electoral en curso, la conmemoración del inicio de la Guerra del Pacífico adquirió un tono diferente¹⁵⁹. El 23 de marzo, día del aniversario de la muerte del héroe del Topater, Eduardo Abaroa, aparecieron en los muros de La Paz y en los ómnibus grandes carteles con las leyendas: “MAR, anhelo de toda una vida”, “Puertos BOLIVIANOS: Antofagasta, Cobija, Mejillones, Tocopilla”, “LITORAL para Bolivia”¹⁶⁰. Si bien, podía tratarse solo de hechos aislados, a principios de abril parecía ser una apuesta política. El embajador de Chile en La Paz, Manuel Trucco, fue informado por el ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Morales Guillen, que su gobierno apoyaría la iniciativa

¹⁵⁶ Oficio Confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 17 de agosto de 1955, n.º 73, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 695.

¹⁵⁷ Reportaje de Radio Balmaceda sobre el diferendo chileno-boliviano, Santiago, 28 de enero de 1963, Secretaría de la Presidencia de la República, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 936.

¹⁵⁸ “En un país acosado por problemas internos se ha desperdiciado gran cantidad de energía en la obsesiva aspiración a un puerto en el Pacífico, en la que es difícil distinguir entre el apasionado deseo de una vindicación nacional y la obtención de un medio para promover la expansión nacional. La pérdida del litoral provocó además un sentimiento de agravio que se extendió rápidamente en la población, que generalmente permanecía impasible ante hechos menos dramáticos, y que durante un largo período fue el único aspecto de la política exterior en que las vehementes opiniones demostraron tener una completa y total unanimidad. Llegó a ser uno de los más auténticos principios para centralizar el nacionalismo boliviano, y aunque el recuerdo de sus infortunios fuera en realidad una actitud negativa, encontraron en ella un elemento de cohesión política y nacional. *Bolivia vive siempre recordando, nunca olvidando*, decía un diplomático norteamericano en el siglo XIX”, en Valerie J. Fifer, *Bolivia. Territorio, situación y política desde 1825*, Buenos Aires / Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1976, pp. 406-408.

¹⁵⁹ Eduardo Arze Cuadros, *Bolivia. El Programa del MNR y la Revolución Nacional*, La Paz, Plural Editores, 2002, pp. 197-198.

¹⁶⁰ Oficio Confidencial del Embajador de Chile en Bolivia al Ministerio de Relaciones Exteriores, La Paz, 24 de marzo de 1960, n.º 35, en AMRECH. Los destacados en mayúscula corresponden a lo registrado en estos archivos.

chilena destinada a organizar una conferencia sobre desarme en el seno de la OEA, pero también solicitaría estudiar la mejor manera de resolver la “vieja irrenunciable aspiración portuaria boliviana’ que constituye problema anexo al del armamentismo”¹⁶¹. Manuel Trucco enfatizó que Chile siempre había mantenido la “política de escuchar con deferente atención proposiciones y sugerencias directas de Bolivia, pero que con firmeza había rechazado siempre tentativa de llevar a discusión en organismos internacionales un asunto que jurídicamente estaba resuelto”¹⁶². Durante la sesión celebrada por el Consejo de la OEA, el 19 de abril de 1960, el delegado boliviano llevó adelante la iniciativa, pero sería desestimada por improcedente y desvinculada con el asunto en estudio¹⁶³. Fue el primer anuncio de un giro evidente.

El resultado de las elecciones presidenciales bolivianas, celebradas el 5 de mayo de 1960, fue abrumador en favor de Víctor Paz Estenssoro, alcanzando un 74,5% de los votos. Atrás quedaban el MNR Auténtico de Walter Guevara, con un 14,1% y Falange Socialista Boliviana de Mario Gutiérrez, con el 8%. Sin embargo, al decir de Eduardo Arze Cuadros, el resultado reflejaba un creciente descontento con el MNR a raíz del difícil periodo de estabilización monetaria de 1956-1960, ya que en 1956 el partido había obtenido el 82,2% del total del electorado¹⁶⁴. En adición, el segundo mandato de Víctor Paz se caracterizó por el agravamiento de las tensiones internas en el partido de gobierno. De acuerdo con Laurence Whitehead, la desintegración del régimen del MNR se debió a asuntos relacionados tanto con la gestión de la economía como con el control social. Un tercer factor “más intangible, pero de igual importancia”, fue la pérdida de la mística nacionalista y revolucionaria; destruida, en buena medida, por la presiones e injerencia norteamericanas¹⁶⁵. “Un movimiento nacionalista y revolucionario que de modo tan patente era incapaz de defender la autonomía nacional, casi forzosamente tenía que fragmentarse en sus partes constituyentes y antagónicas”¹⁶⁶.

Luego, la crisis interna del MNR y la llegada de Jorge Alessandri a la primera magistratura en Chile incidieron en un vertiginoso deterioro que, a propósito de la cuestión del río Lauca y las diferencias en torno a la declaración de Montevideo de 1933 sobre aprovechamiento de las aguas de los ríos internacionales¹⁶⁷, culminaría con la ruptura de relaciones diplomáticas en abril de 1962.

Después de años de viajes e intercambios, de coincidencias y también de influjos en la noción de dar luchas similares, hombres como José Fellmann o Juan Lechín represen-

¹⁶¹ Cable del Embajador de Chile en Bolivia al Ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 12 de abril de 1960, n.º 73, en AMRECH, Fondo Bolivia, vol. 775.

¹⁶² *Ibid.*

¹⁶³ Oficio estrictamente confidencial del Ministerio de Relaciones Exteriores al Embajador de Chile en Perú, Santiago, 24 de agosto de 1961, n.º 29, en AMRECH.

¹⁶⁴ Arze, *op. cit.*, p. 201.

¹⁶⁵ Laurence Whitehead, “Bolivia, 1930-c.1990”, en Leslie Bethell (coord.), *Historia de América Latina. Los países andinos desde 1930*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, pp. 144-146.

¹⁶⁶ *Op. cit.*, p. 146.

¹⁶⁷ Séptima Conferencia Internacional Americana de Montevideo. Declaración sobre el uso industrial y agrícola de los ríos internacionales, 24 de diciembre de 1933, en Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. www.juridicas.unam.mx; <https://biblio.juridicas.unam.mx/bjv>

taron las posturas más duras frente a Chile en instancias internacionales como la OEA o las Naciones Unidas; y es que, además de la fragmentación doméstica, enfrentar a la administración de Jorge Alessandri eliminaba con mayor expedición cualquier freno inhibitorio presente durante el ibañismo.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este trabajo se ha evidenciado el interés y entusiasmo que despertó en varias de las fuerzas ibañistas –grupos nacionalistas, agrario-laboristas y socialistas populares– así como en los representantes de su gobierno, la Revolución conducida por Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Zuazo. En cierta medida, el contenido popular y desarrollista, así como las medidas económicas adoptadas por la Revolución boliviana, eran coincidentes con el discurso antioligárquico y de reformismo social que portaba consigo el ibañismo antes y durante los primeros años de su segunda administración. Por cierto, si se compara la trayectoria de la Revolución boliviana, entre 1952 y 1956, con lo que será la segunda administración de Carlos Ibáñez, entre 1952 y 1958, es posible también reconocer diferencias sustantivas.

En primer lugar, la Revolución boliviana condujo, en lo inmediato, a la nacionalización de la minería del estaño y luego hacia la implementación de una de las reformas agrarias más profundas del continente. El gobierno de Carlos Ibáñez, en cambio, no impulsó iniciativas orientadas a la nacionalización de los recursos mineros en manos de compañías extranjeras ni tampoco llevó a cabo una política de distribución de tierra. Cabe recordar que, si bien durante su gobierno se logró discutir un proyecto de reforma agraria, este fue rechazado por la división que se produjo entre los diputados agrario-laboristas, que constituían el principal soporte político del gobierno.

En segundo lugar, la Revolución boliviana contó con la participación activa de sectores nacionalistas y del movimiento obrero, para luego promover el concurso de campesinos e indígenas. En Chile, por su parte, tendió a predominar una relación tensa entre el gobierno y el movimiento sindical. Carlos Ibáñez intentó acercamientos iniciales con la izquierda, e, incluso, se esmeró por neutralizar la acción de un movimiento sindical mucho más activo, mediante la integración en el gobierno de ciertas colectividades, para luego proceder en varias ocasiones a disponer de recursos coactivos, como el uso de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. En su intento por atraer a la izquierda, antes de llegar al gobierno, Carlos Ibáñez había prometido derogar dicha normativa, además de introducir modificaciones a la legislación electoral, iniciativas todas ellas que fueron permanentemente postergadas, apostando, más bien, por un estilo de gestión a ratos verticalista y autoritaria.

Más allá de esas diferencias, lo relevante del impacto de la Revolución boliviana se expresó en otro tipo de confluencias entre los gobiernos de Víctor Paz Estenssoro y Carlos Ibáñez del Campo, y su disposición a colaborar. No está demás recordar que las relaciones bilaterales entre Chile y Bolivia se habían caracterizado –y se caracterizarán con posterioridad– por una historia rispida de aproximaciones y proyectos frustrados que, encapsulados la mayor parte de las veces en el tema marítimo, han tejido una memoria de lejanía que perdura hasta nuestros días. Sin embargo, como es posible apreciar a lo largo de estas páginas, “la década dorada” representó un paréntesis de especial relevan-

cia, no solo porque el movimiento revolucionario boliviano morigeró la demanda de salida al mar, sino por la coincidencia política e ideológica presente entre los gobiernos de Víctor Paz y Carlos Ibáñez. Se logra producir una suerte de eclecticismo latinoamericano, tan difícil de discernir, que de alguna manera era espejo de las corrientes universales –o europeas– y sus tensiones durante la década de 1930 y hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, pero que en mayor medida reflejaba la particularidad de la región y, en dicha línea, sus profundas inequidades, así como la falta de integración y cohesión social. En términos políticos, las aguas se encauzarían después de la Revolución cubana: derecha e izquierda definidas sin ambigüedades. Por otra parte, y en resonancia con un espíritu de época, es posible apreciar la configuración de una solidaridad latinoamericana que engarzaba con el proceso de descolonización en ciernes y aquel mundo previo a Bandung.

En el Chile anterior a la elección de Carlos Ibáñez se visualizó el futuro en la experiencia boliviana. En efecto, la revolución que estalla en abril de 1952 se convirtió en un modelo para muchos periodistas, políticos, intelectuales y artistas chilenos. Se trató, en tal sentido, de un acontecimiento de enorme relevancia, dado que permitió configurar un espacio de confluencia que logró ir más allá de las historias nacionales y de los conflictos territoriales que se venían dando, incluso, desde antes que estallara la Guerra del Pacífico, en 1879. Desde luego –y resulta del todo patente en este estudio– las afinidades y confianzas se construyen antes de que los respectivos mandatarios lleguen al poder. La circulación de personas e ideas, la sintonía y similitud presentes en los contactos establecidos a ambos lados de la frontera allanaron, desde nuestra perspectiva, un periodo de la relación bilateral que puede ser considerado como uno de los más dinámicos y fructíferos durante el siglo XX. Una historia transnacional abierta al estudio y la reflexión.